

RUY BLAS

DRAMA DE VÍCTOR HUGO

TRADUCIDO

POR BARTOLOMÉ MITRE

Representado en Montevideo en 1841

(INÉDITO)

BUENOS AIRES

Imprenta y Librería de MAYO, Chacabuco 344

C. CASAVALLE, EDITOR

—
1893

R U Y B L A S .

RUY BLAS

DRAMA DE VÍCTOR HUGO

TRADUCIDO

POR BARTOLOMÉ MITRE

Representado en Montevideo en 1841

(INÉDITO)

BUENOS AIRES

Imprenta y Librería de MAYO, Chacabuco 344

C CASAVALLE, EDITOR

1893

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.

Víctor Hugo, es uno de los más grandes poetas líricos que el siglo XIX, y tal vez los siglos hayan producido; pero como dramaturgo, ocupa un rango muy inferior en la literatura moderna, no obstante haber sido el creador de un nuevo género dramático, —más bien podría decirse forma,—que tuvo su voga como fórmula revolucionaria ó innovadora, pero que no alcanzó sino á formar pasajera escuela. Su teatro, está muerto. Si algunos de sus dramas sobreviven, es sólo por su lirismo; recordándose otros, únicamente por su significación histórica, en cuanto marcan el punto de partida del alzamiento literario del romanticismo contra el clasicismo, que determinó un movimiento en el sentido de la libertad de pensar y escribir, emancipando el arte de la rutina y de reglas convencionales que no tenían razón de ser.

De todos los dramas de Víctor Hugo, *Ruy Blas*, es quizás el más absurdo, sea que se le considere bajo su aspecto filosófico, es decir, como representación de una idea ó de un sentimiento en acción, ó del punto de vista de su forma externa y de su estructura

orgánica, ó sea su argumento en general y su desarrollo lógico en escenas sucesivas y motivadas.

La acción de *Ruy Blas*, desde el principio hasta el fin, sin que intervenga casi el elemento moral ó el orden necesario de los acontecimientos, y ni siquiera la causalidad empírica ó la fatalidad misteriosa, está circunscrita á una intriga tan inverosímil como inconsistente, sostenida en equilibrio inestable sobre la punta de un alfiler, y ella constituye toda la trama del argumento. Sin embargo, como drama histórico no es tan inverosímil del punto de vista de los hechos en su conjunto y en su medio. Es conocida en la historia la escandalosa privanza de don Fernando de Valenzuela, favorito de la reina María Ana de Austria, viuda de Felipe IV, y madre de Carlos II, que pícaro, medio poeta y más ó menos lacayo como Gil Blas y como Ruy Blas en sus primeros años, llegó á ser grande de España, y ocupó los más altos puestos en la monarquía austriaco-española de Carlos V, por el favor de una mujer y de una reina. Víctor Hugo, ha transportado el argumento histórico á la época de Carlos II de España, atribuyendo á su segunda esposa María Ana de Neuburgo, la aventura de su antecesora, procurando idealizarlo.

Considerado el drama bajo su aspecto psicológico, ó sea la concepción de los caracteres, éstos no sólo no son tipos humanos, pero ni siquiera reflejan la misma intención del autor en este orden: no son tampoco siluetas que reproduzcan las líneas generales de un tipo: son figuras recortadas en cartón como

las de los títeres, que se mueven por un hi'o, ejecutando siempre los mismos movimientos automáticos.

Sometidos los personajes que figuran en *Ruy Blas*, sea al método sintético ó al analítico, no resisten al más ligero examen. Según la síntesis del autor, su "idea filosófica",—son sus palabras textuales,—es personificar en Ruy Blas, "algo de grande y desconocido que se agita en la sombra, es decir, el pueblo que tiene porvenir pero no presente; huérfano, pobre, inteligente y fuerte; colocado muy abajo, y aspirando á muy arriba en las regiones superiores". ¡Pues bien! Ruy Blas, lacayo disfrazado de noble, que se eleva por el favor de una mujer que engaña haciendo un papel de histrión, después de haber pasado sus primeros años en la holgazanería y en mala compañía, es una especie de Gil Blas pedantesco, sin la espontaneidad del tipo; un verdadero truhán, que á pretexto de un amor insensato, según él mismo, sublime según el poeta, se presta á las más indignas bajezas, y que sin la conciencia del vil papel que desempeña, ó tal vez con ella, se considera superior á cuantos le rodean, porque lleva un nombre usurpado, viste un traje prestado y miente á la mujer que lo ama y lo eleva!—Don Salustio, en quien el autor ha querido representar la nobleza cortesana, que se corrompe, pero no se encanalla en las épocas de decadencia de las monarquías, y particularmente de la nobleza española en tiempo de Carlos II, es simplemente un figurón, con pretensiones de genio profundo, que no justifica sino por sus

triviales manejos en la intriga dramática; y que, como aparición de carácter diabólico, solo una vez produce un efecto artificialmente buscado en el curso de los cinco actos. La reina, es una sentimental inconsciente, que se parece mucho á una muñeca de resortes, con acentos tiernos de instrumento musical. Don Guritán, es un tipo muy común en la comedia española, que por esta circunstancia produce cierta ilusión; pero es simplemente un grotesco decorativo de mero capricho. Don César, aunque no tenga ninguna significación, es el único que está en su papel, pero es un personaje episódico, que sólo sirve para embrollar un poco la comedia, con gracejos de dudosa ley:—es la segunda edición de Hernani, bandido semi-heroico de la montaña, que se transforma en bandido cómico y cínico de las calles de Madrid.

Tal es el drama de *Ruy Blas*, filosófica, moral y dramáticamente juzgado, en sus elementos componentes, en su esencia y en su conjunto como hecho, idea ó sentimiento en acción.

Después de esta crítica, se preguntará ¿cuál ha sido la razón de la traducción? Ella fué hecha, cuando el traductor tenía veinte años, y entonces, Víctor Hugo estaba en todo el apogeo de su gloria, y su atracción era irresistible en ambos mundos. El drama, publicado en París en 1838, fué traducido y representado en Montevideo en 1841. Desde entonces, ha permanecido en cartera.

Hoy, después de medio siglo, al releer la obra original sin los prestigios de entonces, el traductor en-

cuenta, que á pesar de lo absurdo, es de todos los dramas de Víctor Hugo el único que ha sobrevivido en su teatro, el único que ha podido afrontar la prueba de la representación póstuma, y que resiste á la prueba de la lectura. La repetición de *Hernani*, ha sido apenas tolerada en vida del autor, y la de *Marión Delorme* ha hecho bostezar á los espectadores. *Ruy Blas*, ha sido escuchado con agrado, y se lee todavía con placer por la poesía lírica de que está impregnado.

Considerado ahora en sus detalles, con todos los defectos señalados, no carece de calidades como concepción dramática y como espectáculo escénico. El carácter de don Salustio, hueco y artificioso como es, y á pesar de la falsa posición de Ruy Blas, ó por esto mismo, da lugar á una escena verdaderamente dramática, que es nueva, y produce impresión por sus contrastes. La escena de la reina de España esclavizada por la etiqueta, es de un cómico serio de buen género, espontánea y bien concebida. La última aparición de don Salustio, aunque melodramática, es de efecto. La catástrofe tiene sus terrores trágicos, y es bien motivada, prescindiendo de lo forzado de la situación. La escena final, es patética, tanto como puede serlo, dado el carácter equívoco del protagonista, que no inspira simpatía, pero que ejecuta su mejor acción, matando á don Salustio por salvar á su reina, y matándose á sí mismo, para librarla de un amor degradante para ambos. Su última palabra, la palabra de Ruy Blas al morir, es: “!No podía vivir!”

Ella resume todo el drama, y es á la vez que su síntesis, necesaria ó fatal, su crítica.

Pero, satisfecha la pregunta de la razón de la traducción, se preguntará todavía ¿á qué responde su publicación, después de guardada en cartera durante medio siglo? Esto requiere otra explicación, que dará motivo para tratar, aunque sea de paso, un punto que se relaciona con ella.

Sólo existen dos teatros originales en el mundo moderno: el español y el inglés, y cuando decimos inglés, nombramos á Shakespeare, el creador del drama humano en toda su amplitud. El teatro español, es puramente español, y puede subdividirse, en dramas propiamente dicho, y en comedias de enredos y aventuras ó de capa y espada, como se les llama. Teniendo á la vista esos modelos, es que Corneille, imitador de la forma antigua, ha producido su mejor tragedia, *El Cid*, tomando lo bueno que encontró en un ingenio español de segundo orden, pero sin por esto eclipsar la *Estrella de Sevilla* de Lope de Vega, con la cual el drama y la tragedia del Cid tiene mucha analogía.

El romanticismo, acaudillado por Víctor Hugo al levantar su bandera de insurrección contra el clasicismo, sus tres unidades, su división en géneros,—heroico ó puramente cómico,—invocó el ejemplo de Shakespeare y de Calderón. Víctor Hugo, creyó marchar tras de las profundas huellas de Shakespeare; pero en realidad, cuando trató asuntos españoles, fué un imitador de la escuela española en cuanto al mo-

vimiento escénico y sus alternativas complicaciones. Ya Cadalso, en sus “Eruditos á la violeta”, había hecho notar, traduciendo en romancillo la famosa tirada del ayo de Hipólito en la *Fedra* de Racine, que el trágico francés imitaba al drama español en sus largas relaciones retóricas, con sus conceptos alambicados, sus hipérboles, sus tropos, su estilo ampuloso y á veces hueco, sin llegar empero á la altura del discurso del *Príncipe Constante* de Calderón, en la escena, que es tal vez la más acabada del teatro universal.

Así, los dramas de Víctor Hugo,—que sólo son dos: *Hernani* y *Ruy Blas*,—cuya acción pasa en España y en que aparecen hombres y cosas españolas, parecen vaciados en el mismo molde típico del teatro de Calderón y Lope de Vega. Por eso ganan al ser traducidos al castellano, por cuanto, trasladada la escena á su medio nativo y hablando los personajes la lengua propia, dan la ilusión de la verdad, revelando al mismo tiempo su fisonomía de familia. Este aspecto parece haberse ocultado á la penetración de la crítica.

Sucede esto mismo con las obras de todos los autores extranjeros, que han bebido sus inspiraciones en la literatura española. El “Gil Blas de Santillana” de Lesage, traducido por el Padre Isla,—restituido según él—parece pensado y escrito en España, sobre la pauta de las novelas biográficas y autobiográficas de aventuras, de que el Quijote es el tipo inmortal, y de que “El Gran Tacaño”, el “Guzmán de Alfa-

rache”, el “Lazarillo de Tormes” son modelos, sin contar los de menor cuantía. Por esto, los dos dramas de Víctor Hugo, cuya acción pasa en España y en que figuran españoles, traducidos al castellano, resultan verdaderas comedias de capa y espada, cortadas por la misma tijera. Nada les falta. Los mismos personajes consabidos: el galán joven, la dama, la doncella confidente, el barba grotesco ó terrible, el traidor y el gracioso tradicional que esparce su nota festiva en las escenas, con su acompañamiento de rondas nocturnas y alguaciles como en el Barbero de Sevilla, sus dobles desafíos y su exageración de sentimientos caballerescos ó de fanfarronería, sin faltarle la puertecilla secreta que complica el enredo de la intriga. Así es que, traducidos á la lengua de los personajes en acción, parecen obras escritas, aunque no pensadas en castellano, que reproducen las formas externas del género original en sus menores accidentes, y hasta con sus defectos.

El primer trabajo en este sentido, fué feliz, y tuvo un merecido éxito. La traducción del *Hernani* por don Eugenio de Ochoa, que asimiló el drama de Víctor Hugo á la lengua española, adaptándolo por el hecho á su escena, ha quedado como un modelo digno de recordarse. *Ruy Blas* no ha tenido igual fortuna.

Habíamos oído hablar con algún elogio, de una traducción de *Ruy Blas* en verso castellano, por el señor Rafael Ginard de la Rosa, cuyo nombre nos era desconocido. Esta noticia bastó para decidirnos á mantener inédita la nuestra, por considerarla por lo mé-

nos inútil, no obstante su anterioridad. Por acaso la obra del desconocido poeta cayó en nuestras manos, publicada en los tomos XLII y XLIV de la "Biblioteca Universal, ó Colección de los mejores autores antiguos y modernos", impresa en Madrid en 1878. Nuestra sorpresa fué grande, al encontrarnos con un trabajo sumamente deficiente, como traducción y como interpretación y hasta en su estructura rítmica. Baste decir—y puede comprobarlo cualquier curioso—que por lo menos un cinco por ciento de sus versos, no son versos; que en mayor proporción son los rellenados con ripios y pleonasmos, y que la versión no es siempre fiel ni correcta. Esto nos animó á dar á la prensa nuestra traducción, como un ensayo de la manera de cómo entendíamos que pudieran interpretarse las obras dramáticas que se han inspirado en los modelos de la lengua á que se traduce.

La idea que ha presidido á la traducción es esta:—interpretar fiel y casi literalmente el original, conservándole el sello de su estilo original; pero adaptando la obra al medio á que se transporta. Esto es lo que hemos procurado en la versión de *Ruy Blas*, haciendo hablar á los personajes de la época en que pasa la escena, su propio lenguaje, con los vocablos y modismos que lo acentúan, más bien en desuso que anticuados hoy, que tal era el que se hablaba á fines del siglo XVII, en su momento de florecencia, cuando definitivamente fijado por sus grandes clásicos, pasaba por una transición dentro de sus propios

elementos para llegar á los modos de hablar y de escribir de la época moderna.

Al terminar, diremos lo que el autor de Ruy Blas, en el Prefacio que se leerá en seguida: “Defino, no lo que he hecho, sino lo que he querido hacer, señalando cuál ha sido el punto de partida”.

Buenos Aires, Noviembre, 1892.

PREFACIO DEL AUTOR.

Tres especies de espectadores componen lo que se ha convenido en llamar público: las mujeres, los pensadores y la multitud. Lo que la multitud pide casi exclusivamente á la obra dramática, es la acción; lo que las mujeres anhelan ante todo, es la pasión; lo que los pensadores buscan más especialmente, son los caracteres. Si se estudia con atención estas tres clases de espectadores, he aquí lo que se nota: —la multitud se apasiona de tal suerte de la acción, que poco caso hace de las pasiones y de los caracteres. Las mujeres, á quienes la acción interesa en parte, están tan absortas por los desarrollos de la pasión, que apenas se aperciben del lineamiento de los caracteres. En cuanto á los pensadores, les es tan grato ver caracteres, es decir, ver vivir á los hombres en la escena, que admitiendo la pasión como accidente natural en la obra dramática, llegan á verse casi importunados por la acción. Esto proviene, de que la multitud en el teatro, pide sobre todo sensaciones; la mujer, emociones; el pensador meditaciones: todos buscan un placer, pero éstos, el placer

de los ojos; aquéllas, el placer del corazón; los últimos, el placer de la imaginación. De aquí, tres especies de obras bien distintas en nuestra escena; la una vulgar é inferior; las otras dos, ilustres y superiores; pero todas las cuales satisfacen igualmente una necesidad: el melodrama para la multitud; para las mujeres la tragedia que analiza la pasión; para los pensadores la comedia que pinta á la humanidad.

Diremos de paso, que no pretendemos establecer nada rigurosamente, y rogamos al lector que ponga en nuestra mente las restricciones que la materia pueda contener. Las generalidades admiten siempre excepciones. Bien sabemos que la multitud es una gran cosa, en la cual se encuentra todo: así el instinto de lo bello como el gusto de lo mediocre; así el amor del ideal como el apetito del vulgo; y que todo pensador completo, debe ser una mujer en cuanto á los sentimientos delicados del corazón, sin ignorar que, gracias á esa ley que liga un sexo al otro, ya por el espíritu, ya por el cuerpo, con frecuencia en una mujer existe un pensador. Esto sentado, y después de suplicar al lector que no dé un sentido absoluto á las palabras que nos restan por decir, continuaremos.

Para todo hombre que fije una mirada atenta sobre las tres especies de espectadores de que acabamos de hablar, es evidente, que las tres tienen su razón de ser. Las mujeres tienen razón en querer ser conmovidas; los pensadores tienen razón en querer ser enseñados; no le falta á la multitud cuando

pide ser divertida. De esta evidencia se deduce la ley del Drama. En efecto, más allá de esa barrera de fuego que se llama el proscenio, y que separa el mundo real del mundo ideal, crear y hacer vivir en las condiciones del arte y de la naturaleza, caracteres, es decir, hombres; en estos hombres, en éstos caracteres, arrojar pasiones que desenvuelven estos y modifican aquéllos; y en fin, del choque de estos caracteres y de estas pasiones de conformidad con las grandes leyes providenciales, hacer surgir la vida humana, es decir, sucesos grandes, pequeños, dolorosos, cómicos, terribles, que contienen ese goce del corazón que se llama interés, y para la mente esa lección que se llama moral: tal es el fin del Drama. Se ve, pues, que el Drama tiene de la tragedia la pintura de las pasiones, y de la comedia la pintura de los caracteres. El Drama es la tercera grande forma del arte, que comprende, encierra y fecunda en sí las dos primeras. Corneille y Molière existirían independientemente el uno del otro, si Shakespeare no estuviese entre ellos, dando al primero la mano izquierda y al segundo la derecha. De este modo, las dos electricidades opuestas de la tragedia y de la comedia, se encuentran, y la chispa que resulta, es el Drama.

Explicando, como lo entiende y según lo ha indicado muchas veces, el principio, la ley y el fin del Drama, el autor está lejos de disimularse lo exiguo de sus fuerzas y la pobreza de su espíritu. No hay que equivocarse; define aquí, no lo que ha hecho, sino

lo que ha querido hacer. Muestra su punto de partida. Nada más.

Pocas son las líneas que podemos colocar al frente de este libro, y el espacio nos falta para los desarrollos necesarios. Que se nos permita pasar, sin detenernos por demás en la transición, de las ideas generales que hemos formulado, y, que según nuestro modo de ver, rigen el arte en toda su extensión, á otras ideas particulares, que este Drama, Ruy Blas, puede despertar en los espíritus investigadores.

En primer lugar, para no tomar sino por una de sus faces la cuestión—por la de la filosofía de la historia.—¿cuál es el sentido de este Drama?—Expliquémonos.

Pueden observarse muchos fenómenos en los momentos en que una monarquía va á desplomarse. Primeramente la nobleza tiende á la disolución; disolviéndose se divide, y he aquí de qué modo.

La monarquía bambolea, la dinastía se extingue, la ley se desvirtúa; la unidad política se despedaza á los golpes de la intriga; la alta sociedad se abastarda y degenera; una mortal debilidad, así exterior, como interior, se hace sentir en todos; las grandes cosas del Estado caen, las pequeñas permanecen de pie, el espectáculo público es melancólico; ni política, ni ejército, ni finanzas: todos adivinan que el fin se acerca. De aquí, el tedio de la víspera, el temor del día de mañana, la desconfianza de los hombres, el desaliento de toda cosa, el disgusto profundo. Como la enfermedad del Estado está en la cabeza, la

nobleza que está en contacto con ella, es la primera que se contamina. Qué sucede entonces? Una parte de los nobles, la menos honrada y la menos generosa, permanece en la Corte. Todo va á sepultarse; el tiempo urge, es necesario apresurarse, es necesario enriquecerse, engrandecerse, aprovecharse de las circunstancias. No se piensa sino en sí. Cada uno se labra, sin compasión por el país, una pequeña fortuna particular en un rincón del gran infortunio público. Cortesanos ó ministros, se apresuran á ser felices y poderosos. Si tienen talento, se depravan y consiguen su objeto. Las órdenes del Estado, las dignidades, los puestos, el dinero, todo se toma, todo se quiere, se roba todo. No se vive sino para la ambición y la avaricia. Bajo un exterior lleno de gravedad, se ocultan los desórdenes que la debilidad humana puede engendrar. Y como esta vida encarnada en las vanidades y en los placeres del orgullo, tiene por primera condición el olvido de los sentimientos naturales, se hacen feroces. Cuando el día de la desgracia llega, algo de monstruoso se desenvuelve en el cortesano caído, y el hombre se convierte en demonio.

El estado desespera de la monarquía é impele la otra mitad de la nobleza, la mejor y la más bien nacida, hacia otra senda: ésta se refugia en su casa; vuelve á sus palacios, á sus castillos, á sus señoríos; porque los negocios le fastidian; y ella no puede nada; el fin del mundo se acerca. ¿Qué hacer, por qué desolarse? Es preciso aturdirse, cerrar los ojos,

vivir, beber, amar y gozar. ¿Quién si se tiene siquiera un año por delante? Esto dicho, ó simplemente sentido, el noble toma la cosa á pechos; duplica sus lacayos, compra caballos, enriquece mugeres, ordena fiestas, paga orgías, disipa, da, vende, compra, hipoteca, compromete, devora, se entrega á los usureros, y quema su fortuna por sus cuatro puntas. El día menos pensado, la desgracia le golpea la puerta. Es que, aun cuando la monarquía corriese por la posta á todo escape, él se ha arruinado antes que ella. La ruina está consumada. De toda aquella luminosa vida, ya nada queda, hasta el humo se ha evaporado: cenizas y nada más. Olvidado y abandonado de todos excepto de sus acreedores, el pobre noble se hace aventurero, espadachín y gitano. Se hunde y desaparece entre la multitud, gran masa opaca y negra que hasta entonces sólo había entrevisto de lejos á sus pies: en ella se hunde y se refugia. No hay más oro; pero le queda el sol, esta riqueza de los que nada tienen. De la alta sociedad, descien- de hasta la más ínfima, con la cual se aviene; se burla de un pariente ambicioso que es rico y poderoso; se hace filósofo, y parangona los ladrones con los cortesanos. Por lo demás es bueno, valiente, leal, inteligente; tiene algo de poeta, de hombre del pueblo y de príncipe; se rie de todo, haciendo apalear por sus camaradas á la ronda, como antes lo hacía por medio de sus sirvientes, sin poner mano en ello; combina con alguna gracia en su manera de ser, la insolencia de cingaro con la impudencia del mar-

qués; y manchado exteriormente no conserva de su antigua nobleza dentro de sí, más que su honor que guarda, su nombre que oculta y su espada que muestra.

Si el doble cuadro que acabamos de bosquejar se presenta en la historia de todas las monarquías en un momento dado, en España se presenta particularmente de una manera notable á fines del siglo diez y siete. Y si en el Drama que se va á leer, el autor hubiese podido realizar una parte de su idea—lo que está muy lejos de creer—la primera parte de la nobleza de aquella época se resumiría en don Salustio, y la segunda mitad en don César.

Examinando esta monarquía y esta época, más abajo de la nobleza dividida de este modo, y que hasta cierto punto podría ser personificada en los dos personajes señalados, vése agitarse en la oscuridad alguna cosa grande, sombría y desconocida. Es el pueblo. El pueblo que tiene porvenir y que no tiene presente; el pueblo huérfano, pobre, inteligente y fuerte; colocado muy abajo y aspirando á mayor altura; llevando sobre sus espaldas la marca de la esclavitud, y en el corazón los presentimientos del genio; el pueblo, criado de los grandes señores, y enamorado en su abyección, de la única figura que en medio de esa sociedad desorganizada, representa la caridad, la autoridad y la fecundidad. El pueblo sería Ruy Blas.

Ahora, más arriba de estos tres hombres, que considerados así, harían vivir y moverse, á los ojos del

espectador, tres hechos, y en estos tres hechos toda la monarquía española del siglo diez y siete; más arriba de ellos hay una pura y luminosa criatura; una mujer, una reina. Desgraciada como mujer, porque es como si no tuviera marido; desgraciada como reina, porque lo es como si no tuviera rey; inclinada por piedad real hacia los que están á sus pies, ó tal vez por un instinto propio de mujer, ella mira hacia abajo, mientras que Ruy Blas, el pueblo, mira hacia arriba.

Á los ojos del autor, y sin ocuparse de lo que los personajes accesorios puedan prestar á la verdad del conjunto, estas cuatro cabezas agrupadas de esa manera, resumirían los principales relieves, que la monarquía española de ahora ciento y cuarenta años presentaba á los ojos del historiador y del filósofo. Á estas cuatro cabezas, parece que podría agregarse otra, la de Carlos Segundo. Pero en la historia como en el drama, Carlos Segundo de España no es una figura; es una sombra.

Nos queda por decir, que lo dicho, no es la explicación de Ruy-Blas: es simplemente uno de sus aspectos;—tan solo la impresión que este drama, si mereciese ser estudiado, dejaría en el espíritu que concienzudamente lo examinara, por ejemplo, del punto de vista de la filosofía de la historia.

Pero, por muy poco que sea este drama, como todas las cosas de este mundo, tiene otros muchos aspectos, y puede ser considerado de diferentes modos. Que se nos permita, únicamente para hacer

más patente nuestra idea, una comparación sumamente atrevida; el Monte Blanco, visto de la *Croix-de-Flechères*, no se parece al Monte Blanco visto de *Sallenches*; y sin embargo, siempre es el Monte Blanco.

Del mismo modo, para descender de una gran cosa á una muy pequeña, este drama, del que hemos indicado el sentido histórico, ofrecería una figuración distinta si se le considerase de un poco de más altura; del punto de vista puramente humano. Entonces don Salustio sería el egoísmo absoluto, el sobresalto sin descanso; don César, su adversario, sería el desinterés, la indiferencia; en Ruy Blas se vería el genio y la pasión comprimidos por la sociedad y elevándose tanto más cuanto la presión es más violenta; la reina en fin, sería la virtud minada por el tedio.

Mirado bajo el punto de vista puramente literario, el aspecto de esta idea, intitulada *Ruy Blas*, cambiaría también. Las tres formas soberanas del arte podrían aparecer personificadas y resumidas: don Salustio sería el drama, don César la comedia, Ruy Blas la tragedia. El drama anuda la acción, la comedia la complica, la tragedia la desata.

Todos estos aspectos son exactos y verdaderos, pero ninguno de ellos es completo. La verdad absoluta está únicamente en el conjunto de la obra. Que cada uno encuentre lo que busca, y el poeta, aunque de ello no se lisongee, habrá conseguido su objeto. El argumento filosófico de *Ruy Blas*, es el

pueblo aspirando á las regiones elevadas; el argumento humano, es un hombre amando á una mujer; el argumento dramático, es un lacayo enamorado de una reina. La multitud que cada noche acude á ver esta obra, porque en Francia la atención pública jamás deja burladas las tentativas del talento, cualesquiera que ellas sean, la multitud no ve en Ruy Blas más que este último argumento; el argumento dramático: el lacayo; y tiene razón.

Lo que hemos dicho de Ruy Blas nos parece evidente en toda obra. Las obras venerables de los maestros, ofrecen esto de notable, que presentan mayor número de fases á estudiar que las otras. Tartufo hace reir á éstos y temblar á aquéllos. Tartufo es la serpiente doméstica, ó bien el hipócrita, ó bien la hipocresía. Othelo para los unos es un negro que ama á una blanca; para los otros es un aventurero que se casa con una patricia; para otros, un celoso; para los demás, los celos. Y esta diversidad de aspectos nada quita á la unidad fundamental de la composición. Lo hemos dicho ántes de ahora: mil gajos y un solo tronco.

Si el autor ha insistido particularmente sobre la significación histórica del *Ruy Blas*, es porque únicamente por su sentido histórico, *Ruy Blas* tiene relación con *Hernani*. El gran hecho de la nobleza se muestra, en *Hernani* como en *Ruy Blas*, al lado del grande hecho de la monarquía. Solamente, como en *Hernani*, la monarquía absoluta no está establecida, la nobleza lucha aún contra el rey, ya

con el orgullo, ya con la espada; y es, medio feudal, medio rebelde. En 1519, el noble vive en la montaña, lejos de la corte, bandolero como *Hernani* ó patriarca como Ruy Gómez. Doscientos años más tarde, la cosa cambia. Los vasallos se han hecho cortesanos, y si el señor oculta alguna vez su nombre, no es para huir del rey sino para librarse de sus acreedores. No se hace bandido, sino gitano. Se ve que la monarquía absoluta ha pesado por muchos años sobre estas nobles cabezas, abatiendo unas y rompiendo otras.

Permítasenos la última palabra. Entre *Hernani* y *Ruy Blas* dos siglos están encerrados; dos grandes siglos, durante los cuales fué dado á los descendientes de Carlos Quinto dominar el mundo; dos siglos que la Providencia, cosa notable, no ha querido prolongar ni una sola hora; Carlos Quinto nació en 1500 y Carlos Segundo murió en 1700. En 1700, Luís XIV, heredaba de Carlos Quinto, como en 1800 Napoleón heredaba de Luis XIV. Las grandes apariciones dinásticas que iluminan la historia, son para el autor un espectáculo bello y melancólico, sobre las cuales sus ojos se fijan con frecuencia. Ha ensayado algunas veces transportar algo de esto á sus obras. Él ha querido llenar *Hernani* con el brillo de una aurora y cubrir *Ruy Blas* con las tinieblas de un crepúsculo. En *Hernani*, el sol de la casa de Austria se levanta; en *Ruy Blas*, se pone.

París, Noviembre 25 de 1838.

RUY BLAS.

PERSONAJES.

RUY BLAS.
DON SALUSTIO DE BAZÁN.
DON CÉSAR DE BAZÁN.
DON GURITÁN.
EL CONDE DE CAMPOREAL.
EL MARQUÉS DE SANTA CRUZ.
EL MARQUÉS DEL BASTO.
EL CONDE DE ALBA.
EL MARQUÉS DE PRIEGO.
DON MANUEL ARIAS.
MONTAZGO.
DON ANTONIO UBILLA.
COVADONGA.
GUDIEL.
UN LACAYO—UN ALCALDE—UN UGIER—UN ALGUACIL.
DOÑA MARÍA DE NEUBOURG, REINA DE ESPAÑA.
LA DUQUESA DE ALBURQUERQUE.
CASILDA.
DUEÑAS—PAGES—DAMAS—SEÑORES—CONSEJEROS PRIVADOS—ALGUACILES—GUARDIAS.

Madrid... 169....

ACTO I.



DON SALUSTIO.

PERSONAJES.

RUY BLAS.

DON SALUSTIO.

DON CÉSAR DE BAZÁN.

EL MARQUÉS DEL BASTO.

EL MARQUÉS DE SANTA CRUZ.

EL CONDE DE ALBA.

GUDIEL.

UN UGIER DE CORTE.

LA REINA.

SEÑORES, DAMAS, DUEÑAS, PAGES.

ACTO PRIMERO.

El Salón de Danae, en el palacio real de Madrid. Menaje magnífico de estilo semiflamenco del tiempo de Felipe 4º. Á la izquierda una gran ventana de marco dorado y vidrios pequeños. Dos puertas laterales que conducen á las habitaciones interiores. Al foro, un gran tabique de cristales con marcos dorados, con una puerta igualmente de cristales, que se abre sobre una espaciosa galería, que atraviesa el proscenio, y cubierta por grandes cortinas. Una mesa, un sillón y lo necesario para escribir. Don Salustio entra por la puerta de la izquierda, seguido de Ruy Blas y Gudiel, trayendo éste una arquilla, y varios paquetes que se suponen preparados para un viaje. Don Salustio está vestido de terciopelo negro, traje de corte de tiempo de Carlos 2º, con el Toisón de oro al cuello. Encima del vestido negro, una rica capa de terciopelo verde claro, bordada de oro y forrada en tafetán negro. Sombrero con plumas blancas. Gudiel vestido de negro y con espada al cinto. Ruy Blas está de librea: calzón y casaca oscuros, capotillo rojo y amarillo, galoneado: no lleva espada y tiene la cabeza descubierta.

ESCENA PRIMERA.

DON SALUSTIO DE BAZÁN, GUDIEL por intervalos,
y RUY BLAS.

DON SALUSTIO.

Cierra esa puerta, Ruy Blas,

Y abre luego la ventana.

Ruy Blas obedece, y á una señal de don Salustio sale por la puerta del fondo, mientras el segundo se acerca á la ventana.

Ya va á venir la mañana

Y aun todos duermen aquí.

Volviéndose hacia Gudiel.

¡Acábase mi reinado!
¡Oh Gudiel! ¡ un rayo ha sido!
En desgracia y destituido,
Todo en un día perdí!
Por una necia aventura
Que aun se mantiene secreta,
Cosa, que en mi edad proveya,
Locura ha sido en verdad;
Por seducir á una chica
Que es de la reina doncella,
Y á España vino con ella
¡ Vaya un caso singular!
¡ Y porque la tal tontuela
En contra mía ha llorado,
Y al rey su hijo ha presentado,
Me quieren hacer casar!
¡ Lo rehusó, y me destierran!
¡ Me destierran! y veinte años
De trabajar noche y día,
En incesante porfía
¡ Ah! ¡ veinte años de ambición!
De los alcaldes de Corte
El presidente terrible,
Hoy es un nombre risible
Que se puede motejar;
El jefe de los Bazanes
Sin poderío ni honores,
Entre risas y clamores
De la multitud caerá.
Todo cuanto poseía,

Lo que yo hacía y pensaba,
Lo que podía y soñaba,
Todo, todo acabará!

GUDIEL.

Nadie lo sabe, señor

DON SALUSTIO.

Pero lo sabrán mañana.
Mas la turba cortesana
No me mirará caer.

—¡Me eclipsaré!

Desabrochándose violentamente el jubón.

¡Me sofoco!

Tú me ajustas demasiado.

Se sienta.

¡Pero yo, disimulado,
Una zapa cavaré!

Se pone de pie.

GUDIEL.

¿De quién, señor, viene el golpe?

DON SALUSTIO.

De la reina, ¡vive el cielo!
Mas no he de tener consuelo
Hasta poderme vengar.
Tú, que durante veinte años
Me has ayudado y servido,
Me entiendes, pues has medido
Mi alcance en la oscuridad,
Como mide el arquitecto
Con el ojo ejercitado,

Del pozo que él ha cavado
Toda la profundidad.
—Voíme, ¡por una sirvienta!
Á mis tierras de Castilla,
Y de Finlás en la villa
En la sombra á meditar!
—Prepara todo.—Pero antes
Á ese truhán hablar quiero,
Que tú sabes, y que espero
Me sirva.—¡Me vengaré!
¿Cómo? No sé. Pero aun mando
Hasta la noche.—Espantosa,
Mi venganza será cosa
Que los haga estremecer.
—Vendrás conmigo.—¡Silencio!

Gudiel saluda y váse.

Ruy Blas! (*llamando*).

RUY BLAS.

Mande Vueselencia.

DON SALUSTIO.

Me ausento. Ten advertencia
Que no he de dormir aquí.
—Guarda las llaves.

RUY BLAS.

Lo haré.

DON SALUSTIO.

Oye.—De misa al regreso,
La reina, entrado ya el día,
Cruzará esa galería.
—Allí estarás.

RUY BLAS.

Estaré.

DON SALUSTIO (*á la ventana*)

¿ Ves aquel hombre, Ruy Blas,
Que ha cruzado por la plaza,
Que muestra un papel, y pasa,
Y deja la guardia entrar ?
Hazle seña, sin hablarle,
Que suba.

Ruy Blas obedece. Don Salustio continúa, mostrándole la puertecilla de la derecha.

Mira de paso

Si están despiertos acaso
Los alguaciles.

RUY BLAS (*entreabre la puerta y vuelve*).

No están.

DON SALUSTIO.

Habla más bajo.—Cuidado
Con las puertas.

Entra don César de Bazán, con sombrero abollado y tizona de espadachín; gran capa andrajosa, que no deja ver sino las medias mal puestas y los zapatos rotos. Al tiempo de entrar se encuentra con Ruy Blas; ambos se miran con atención, y cada uno de ellos hace un gesto de sorpresa.

¡ Se han mirado !

Quizás se conocerán.

Váse Ruy Blas.

ESCENA SEGUNDA.

DON SALUSTIO Y DON CÉSAR.

DON SALUSTIO.

¡Ah! ¡héte aquí, buen bandido!

DON CÉSAR.

Sí, primo mío, héme aquí.

DON SALUSTIO.

¡Pardiez! que al veros así

Mucho placer he tenido!

DON CÉSAR.

Gracias.

DON SALUSTIO.

Se cuentan de vos

Muy peregrinas historias.

DON CÉSAR.

¿Y os placen?

DON SALUSTIO.

Muy meritorias

Son por cierto ¡vive Dios!

Las otras noches su espada

De rica vaina, robaron

Al de Mira, y le dejaron,

Capa y banda recamada.

DON CÉSAR.

¿Por qué?

DON SALUSTIO.

Porque es caballero

De Santiago, y aplicada

Lleva la cruz colorada
De la orden, que es su letrado.
—¿Qué decís?

DON CÉSAR.

Digo, señor,
Que no fué tonto ese vago :
Hizo la corte á Santiago
Por tenerle á su favor.

DON SALUSTIO.

¿Estabais con los ladrones?

DON CÉSAR.

Bien que me hallara presente,
Me limité solamente,
Á darles mis instrucciones.

DON SALUSTIO.

Los que en la plaza mayor,
De anoche en la trapionda,
Riña armaron con la ronda
Frente á un sucio paradero
¿Eran los vuestros?

DON CÉSAR.

¡Ah primo!

No riño con alguaciles :
Son enemigos muy viles,
Y más arriba me estimo.
—Riñeron, con muy buen modo,
Mientras yo hacía unos versos.—
—Cascáronse los perversos,
Que fué un gusto!

DON SALUSTIO.

Eso no es todo.

DON CÉSAR.

Veamos.

DON SALUSTIO.

Dicen con desdoro,

Que en Francia, por medios suaves,

Habéis abierto sin llaves

Las cajas de su tesoro.

DON CÉSAR.

No digo que sí ni no.

—La Francia es país enemigo.

DON SALUSTIO.

Flandes, es un país amigo :

¿Qué hicistes allí?

DON CÉSAR.

¡Qué sé yo!

DON SALUSTIO.

Don Pablo Bartelemí,

Al conducir un dinero

Que pertenecía al clero,

Asaltado fué por tí.

DON CÉSAR.

¡En Flandes! Bien puede ser,

Porque yo he viajado mucho.

DON SALUSTIO.

Ruborizado os escucho :

Pudor no debéis tener.

La vergüenza ; vive Dios!
Sube mi sangre á la frente.

DON CÉSAR.

Dejadla subir: caliente
La tendremos ambos dos.

DON SALUSTIO.

Nuestra familia . . .

DON CÉSAR.

¡No hablemos!

Sois en Madrid el solo hombre
Que sabe á punto mi nombre ;
Con que así, lo dejaremos.

DON SALUSTIO.

El otro día, en la calle,
Me preguntó una marquesa :
—¿Decid, qué figura es esa
De tan arrogante talle,
Que vestido de girones
Y la nariz levantada,
Lleva esa tremenda espada
Que golpea sus talones?

DON CÉSAR.

Digisteis:—Es Zafarí.

DON SALUSTIO.

No tal: corrido quedé.

DON CÉSAR.

¡Por Cristo! apuesto yo, que
Ella ha reído de mí.
Es mucho lo que me gusta

Hacer reir á las damas.

DON SALUSTIO.

Vuestra compañía os infama,
Y esto, primo, me disgusta.

DON CÉSAR.

No hay tal, que son estudiantes
Mansos como unos carneros.

DON SALUSTIO.

Siempre andáis con pendencieros
Y tenéis viles amantes.

DON CESAR.

¡Oh Lucindas bien amantes!
¡Oh Isabelas que bendigo!
Á quienes de noche, digo
Mis sonetos matinales.
— También de vos, don Salustio.
Se cuentan algunas cosas
Que son bastante curiosas,
No obstante ese gesto mustio.

DON SALUSTIO.

Del famoso Matalobos,
De ese ladrón de Galicia
De tan siniestra pericia,
Sois compañero de robos.

DON CESAR.

Si os place, hablad en razón
De un hombre tan concienzudo:
Sin él, me viera desnudo
Sin calcetas ni jubón.

Las otras noches robó
Un jubón al conde de Alba
Si es bueno como una malva!

DON SALUSTIO.

¿Y bien?

DON CESAR.

Á mí me lo dió.

DON SALUSTIO.

Y vos no os avergonzáis
Vistiendo un jubón del conde?
Responded.

DON CESAR.

¡Y quién responde

Á las cosas que ensartáis!
Nunca me avergonzaré
De un jubón tan primoroso,
Que en verano hace donoso,
Y en invierno abriga, á fe.

Desemboza la capa y deja ver un hermoso jubón de tafetán rosado y bordado de oro.

Las faltriqueras bien llenas
De dulces cartas de amor,
Que bien acompañan penas
Y que mitigan dolor.
Con frecuencia, pobre, hambriento,
Vagabundo enamorado,
Entre el humo perfumado
De una cocina me asiento,
Y las releo hasta el fin,

Y huye de hambre el escozor,
Con la sombra del amor
Y el aroma del festín.

DON SALUSTIO.

Don César

DON CESAR.

Bien sé que soy
Conde de Garofa, primo,
Y en lo que valgo me estimo,
Pues loco fuí, como hoy.
Tuve en un tiempo dinero,
Tuve tierras y palacios,
Dando perlas y topacios
Á las bellas, en reguero.
No cumplidos los veinte años
Me encontré sin una blanca,
Con acreedores al anca
Que mordían el calcaño.
Entonces, tomé el portante ;
Cambié de nombre en seguida ;
Y hoy paso la alegre vida
Por esos mundos errante.
Zafarí me llamo ahora,
De vos solo conocido :
Nunca un cuarto os he debido,
Y digo : sea en buenhora.
De Teva frente al palacio,
Donde tengo mi parada
Hace nueve años hallada,
Y que brinda aire y espacio,

Allí, la sien sobre un canto
Y con el cielo por techo,
Y con el suelo por lecho,
Duermo ageno de quebranto.
Nadie se acuerda de mí,
Me creen en el quinto infierno
Recuso ese voto tierno,
Que muy bien me encuentro aquí.
Cuando me aqueja la sed .
Bebo en la vecina fuente,
Y paseo alegremente,
Lleno de contento, á fe.
Hoy mi palacio abolengo
Es habitación del Nuncio,
Mas por esto no renuncio
Á la parte que en él tengo.
Algunas veces me cuelo
Por sus puertas, de rondon,
Y de Baco un figurón,
Que se esculpe, mirar suelo.
Tal vida me place á mí,
Aunque ella tenga sus nudos
¿Me prestaréis diez escudos
Don Salustio? No ó sí.

DON SALUSTIO.

Oid.

DON CESAR.

Veamos vuestro estilo.

DON SALUSTIO.

Si os llamé fué con intento
De serviros.

DON CESAR.

Siga el cuento,
Que ya voy tomando el hilo.

DON SALUSTIO.

Rico, sin hijos, y siendo
Mayor que vos, de ese vicio
Que os arrastra al precipicio
Hoy alejaros pretendo.
En vano, en vuestra jactancia
Os dáis por bien satisfecho;
Hay algo dentro del pecho
Que desmiente esa arrogancia.
Si quisierais corregiros,
Yo, gran señor os reharía,
Vuestras deudas pagaría,
Y excuso, primo, deciros
Que la bolsa partiremos.
Desaparece el bandido,
Y seréis lo que habeis sido,
Y los dos nos sostendremos.

Mientras habla don Sulustio, el semblante de don César toma una expresión de alegría, de admiración, de confianza, y al fin, sin poderse contener, estalla.

DON CESAR.

¡Qué elocuente habéis estado!
¡Siempre fuistéis tal en todo!
¡Cómo diablo!—Quedo mudo

Y os escucho entusiasmado.

—Continuad.

DON SALUSTIO.

Sólo una cosa

Os pondré por condición.

—Tomad por introducción

Este bolsillo.

DON CESAR, *tomando el bolsillo*

Fastuosa

Muestra.

DON SALUSTIO.

Quinientos ducados

Os daré

DON CESAR.

¡Gracias, marqués!

¡Lo que yo decía pues!

DON SALUSTIO, *continuando*

Y desde hoy

DON CESAR.

¡Por arreglados!

En cuanto á las condiciones

Ordenad ; que á fe de bravo

Me declaro vuestro esclavo,

Sin muchas explicaciones.

Si os place, con mi tizona

Sin necesidad de más,

Hasta al mismo Satanás

Desafiare en persona.

DON SALUSTIO.

Dejad vuestra espada: oid.

DON CESAR.

¿Tengo yo otra cosa?

DON SALUSTIO, *acercándose, y en voz baja.*

Una:

Vos conocéis por fortuna

La canalla de Madrid.

DON CESAR.

Me honráis, señor.

DON SALUSTIO.

Esa gente

Va de vuestro nombre en pos:

Bien podríais armar vos

Una asonada ocurrente.

DON CESAR, *riendo.*

¡De veras! y en este drama,

¿Qué parte dáis á mi genio?

Porque soy hombre de ingenio

Cuando á enredar se me llama.

DON SALUSTIO, *con gravedad.*

Hablo á Bazán.—Necesito

Un hombre que en el misterio

Me ayude con su criterio

Á un gran suceso inaudito.

—Yo no fuí malo jamás,

Tú lo sabes; pero á veces,

El hombre entre los reveses

Cambia sin rubor de faz.

—Serás rico : lo prometo ;
Pero es preciso ante todo,
Que yo te prescriba el modo
De trabajar en secreto,
Á fin de que una celada,
Ocultá, bajo un espejo,
Cual á la alondra, el reflejo
Atraiga á una enamorada.

DON CESAR.

Y darme

Queréis papel tan honroso.
¿Y de quién?

DON SALUSTIO.

De una mujer.

DON CESAR.

Enderezándose y mirando con altivez á don Salustio.

¡Alto ahí!—Lo que yo siento
Os lo diré en el momento,
Y sin empacho ha de ser.
— Quien bajamente se venga
De una mujer, siendo hombre,
Aunque lleve ilustre nombre,
Aunque grandes cruces tenga ;
Sea vizconde ó marqués
Seguido por cien clarines,
Que anuncien en los confines
De su alcurnia la alta prez ;
Si no procede cual tal,
Siendo grande de Castilla,

Diré por toda la villa
Que es un bribón desleal,
Y que debe ser colgado
De la horca.

DON SALUSTIO.

César

DON CESAR.

Así,

Guardad secreto y dinero.

Arrojando el bolsillo á los pies de don Salustio.

Á tan vil precio no quiero
Recoger salario aquí.
—Comprendo como se ataca
Y asalta una fortaleza
De noche, y en la sorpresa
Se mata, roba y machaca;
Pero es con hacha ó espada,
Lanzando francos ahullidos,
Que tenemos los bandidos
Nuestra cara destapada :
Ojo por ojo cambiando,
Vendiendo diente por diente,
Y entre la sangre caliente
Enemigos degollando.
Pero á mujer indefensa
Minar con negra traición,
¡Desgarrar su corazón
Para vengar una ofensa!
Abusar de su candor

Ó de su conciencia incierta
Como avecilla inexperta ;
Antes que tal deshonor,
Oro no quiero tener.
—Con el alma lo desprecio
Si me lo dáis á ese precio.—
—¡ Vengarse de una mujer!—
¡Vive Dios! si tal consiento,
Vea mi cabeza rota
Al pie de inmunda picota,
Mordida por perro hambriento.

DON SALUSTIO.

Primo

DON CÉSAR.

¡Dejadme por Dios
Mientras que el aire respire
Y correr el agua mire,
No necesito de vos.
—Que un ladrón me pueda dar
En el invierno un vestido,
Y echo lo muerto al olvido
Vuestro boato al contemplar ;
Que me basta, al mediodía
Una sombra á mi cabeza,
Sol que las plantas me escueza,
Y lo que trae cada día.
Os dejo con vuestras gentes
De corte ; si soy bandido,
Y con lobos he vivido,
No vivo con las serpientes.

DON SALUSTIO.

Oid.....

DON CÉSAR.

Basta de visita!

Me llamáis en conclusión
Para echarme á una prisión
Desde esta casa maldita?

DON SALUSTIO.

Más pervertido os creía,
César, y mucho me place,
Ver que en vos mella no hace
Mi tentadora porfía.

DON CÉSAR.

Cómo!

DON SALUSTIO.

Venga aquesa mano.
—Probar vuestro temple quise,
Y mi anhelo satisfice,
Que la prueba no fué en vano.

DON CÉSAR.

Cómo!

DON SALUSTIO.

Si ha sido una chanza....

DON CÉSAR.

Y la mujer, la venganza?....

DON SALUSTIO.

Para tu ánimo sondar.

DON CÉSAR.

Y entra en la chanza también,

Las deudas y los ducados?

DON SALUSTIO.

Os los daré bien contados,

Pues merecéis todo bien.

Se dirige á la puerta del fondo, y hace señal á Ruy Blas de que entre.

DON CÉSAR.

Cara de traidor! Creer

No me hace.

DON SALUSTIO, á Ruy Blas.

Quedaos aquí.

DON CÉSAR.

Su boca dice, que sí,

Y sus ojos, puede ser.

Don Salustio váse por la puertecilla de la izquierda, y apenas desaparece, Ruy Blas y don César se aproximan uno al otro con viveza.

ESCENA TERCERA.

DON CÉSAR Y RUY BLAS.

DON CÉSAR.

No me engañaba á fe mía.

Eras Ruy Blas?

RUY BLAS.

Dios loado!

Eres tú mi Zafarí?

Qué haces en este palacio?

DON CÉSAR.

Entré de paso, y me voy,

Porque soy como los pájaros :
El espacio es mi elemento.
—Pero esa librea !' acaso
¿Es algún disfraz ?

RUY BLAS, *con amargura.*

Sin ella
Estaría disfrazado.

DON CÉSAR.

Qué quieres decirme ?

RUY BLAS.

Dame,
Que te estreche aquea mano,
Como en el tiempo feliz
De alegría y de quebranto,
En que me aquejaba el hambre,
Y el frío, desabrigado,
Pero que en medio de todo
Era libre, no era esclavo.
—Cuando tú me conociste
Yo era hombre aún, y ambos
Eramos hijos del pueblo.
—Fué la aurora que ha pasado.—
—Al vernos unidos siempre
Y pareciéndonos tanto,
Los hermanos nos llamaban.
Alegremente cantábamos
Todo el día y en la noche
Bajo de un cielo estrellado,

Delante de nuestro Dios,
Dormíamos á su amparo.
Mas llegó la hora fatal;
Cada cual fué de su lado,
Y te vuelvo hoy á encontrar
Al cabo de cuatro años,
Tan alegre como un niño
Y libre como un gitano.
Siempre el mismo Zafarí,
Que nunca nada ha deseado,
Ni tenido.—Pero yo,
Que puedo decirte, hermano!
Huérfano, y en un colegio
Como de limosna criado,
Con vana ciencia y orgullo,
En vez de útil artesano
Un visionario me han hecho.
Puedes ver cómo he cambiado!
Tú lo sabes, Zafarí,
Pues me conocías tanto!
Mis pensamientos errantes
En mis versos insensatos,
Se elevaban hasta el cielo
En medio de votos vagos.
Cien razones oponía
Á tu sonrisa de hermano.
Tenía grande ambición.
Y despreciaba el trabajo;
Todo creía posible;
Y caminando al acaso

Hacia un fin que no veía,
Como un pobre mentecato
Me paraba todo un día
Delante de algún palacio
Viendo salir las duquesas.
Al fin, del hambre acosado,
He recogido del suelo
El pan que me han arrojado.
En la pereza y oprobio,
Cuando tenía veinte años,
Yo me creía un gran genio :
Pobre, andrajoso, descalzo,
Me perdía en los caminos
Con los pies dentro del fango,
De la triste humanidad
En la suerte meditando.
Lleno de grandes proyectos,
Deploraba el triste estado
De la España, y yo creía
Que era al mundo necesario
Ya lo ves después de todo,
He parado en un lacayo.

DON CÉSAR.

Es el hambre, puerta baja
Por donde se entra agoviado,
Y si hay que pasar por ella
Se agacha más el más alto.
—La suerte tiene reflujo .
Espera.

RUY BLAS, *sacudiendo la cabeza.*

Tengo por amo
Al señor marqués Finlás.

DON CÉSAR.

Lo conozco.—En el palacio
Vives tú?

RUY BLAS.

Primera vez
Que sus umbrales traspaso.

DON CÉSAR.

Empero, tu amo lo habita
Con motivo de su cargo.

RUY BLAS.

Sí, porque á todas las horas
Es por la corte llamado ;
Mas tiene otra habitación
Á cien pasos del palacio :
Una casa muy discreta
De la que estoy encargado.
Á ella el marqués suele ir
Con hombres enmascarados,
Con quienes se encierra allí,
Y les habla muy despacio.
Dos negros mudos me ayudan
Y para ellos, soy el amo.

DON CÉSAR.

Es jefe de los Alcaldes,
Y es el sitio destinado
Para recibir espiones

Y concertar sus amaños. .
Es un hombre muy profundo,
Que todo tiene en su mano.

RUY BLAS.

Ayer me dijo:—Mañana
Es preciso ir á palacio.
Ve por la reja dorada,
Antes del alba.—Llegado
Aquí, que vista librea
Me ordenó, porque este hábito
Odioso, que me avergüenza
Por primera vez lo cargo.

DON CÉSAR, *estrechándole la mano.*

¡Espera!

RUY BLAS.

Esperar, hermano!
Aun no te lo he dicho todo.
—No siento verme humillado
Bajo este infame ropaje;
No me importa ser esclavo.
Ni haber perdido el contento
Y el orgullo.—Escucha, hermano.—
Hidra con dientes de llama
Tengo en mi pecho llagado
Que me aprieta el corazón
En sus repliegues.—Si acaso
El exterior te asustara,
Qué dirías tú, mirando
El interior!

DON CESAR.

Qué me dices!

RUY BLAS.

Inventa lo más extraño,
Busca lo más inaudito
Que en tu vida hayas soñado,
La cosa más insensata,
Fatal y llena de espanto;
Compón un mortal veneno;
Y si te has imaginado
Algún abismo espantoso,
Negro cual crimen nefando
Y sordo cual la locura,
Á mi terrible secreto
Aun no te habrás acercado
No adivinas? Quién pudiera
Ni siquiera imaginarlo!
—Mira el fondo del abismo
A que me veo arrastrado
Por mi destino!—Yo estoy
De la reina enamorado!

DON CESAR.

Cielos!

RUY BLAS.

Bajo alto dosel
Del globo imperial ornado,
En Aranjuez y Escorial,
—También en este palacio,—
Un hombre existe, que apenas

Se le percibe de abajo,
Y se le nombra con miedo;
Como ante Dios; sus vasallos
Iguales son; de rodillas
Se mira y sirve temblando;
El cubrirse en su presencia
Es un honor soberano;
Puede nuestras dos cabezas
Hacer rodar en el acto;
Sus caprichos, son sucesos:
Vive solo y encerrado
En su majestad profunda;
Y medio mundo, agoviado
Se siente bajo su peso:
Y bien! yo pobre lacayo
Estoy celoso de ese hombre!
Y ese hombre, es el rey!

DON CESAR.

El rey!

RUY BLAS.

Sí, celoso, porque yo amo
Á su mujer.

DON CESAR.

Infeliz!

RUY BLAS.

Escúchame. En su tránsito
Todos los días la espero.
—Soy un loco enamorado.—
Mas de esa mujer la vida,

Es fastidio sin descanso.

—Vivir en aquesta corte

Llena de odios y de engaño,

Unida á un marido imbécil

Que pasa el tiempo cazando,

Menos que un hombre, un idiota,

Un viejo de treinta años,

Vástago de una familia

Que va á tocar á su ocaso,

Cuyo padre era tan débil

Que no podía en su mano

Sustentar un pergamino.

—Tan bello y joven, y ¡ella!

Miseria! haberse casado

Con ese Carlos Segundo.—

Qué destino tan ingrato!—

—Calle de Ortaleza arriba,

Las hermanas del Rosario

Visita ella por la tarde.—

—El como se ha apoderado

Este delirio de mi alma,

Yo no podría explicarlo.—

—Juzga.—Ella ama unas flores

Azules, que yo he buscado,

Do quier, y en Carabanchel

Tan solo las he encontrado,

Adonde voy diariamente

Para hacer de ellas un ramo.

—Flor que viene de Alemania. . . .

—Bien ves que digo locuras.—

De noche, como un ladrón
Entro al parque de palacio,
Para colocar las flores .
En su predilecto banco.
Ayer me atreví á poner
Entre las flores oh hermano
Una carta !—Por la noche
Para llegar á ese banco
Tengo que escalar los muros,
Y encuentro de ellos en lo alto
Los hierros que las resguardan
—El día menos pensado
Dejaré allí mis entrañas.—
Mis flores habrá encontrado?
Habrá leído mi carta?
No lo sé. Un insensato
Soy, bien lo ves!

DON CESAR.

Arre diablo!

Tu escaramuza algo tiene
De peligroso, cuidado!
El conde Oñate también
De la reina está prendado,
Y la custodia, y pudiera
Que algún guarda desvelado
Antes que sobre tu pecho
Mires marchitar el ramo
Lo clave en tu corazón
Con su alabarda.—Qué diablos!
Amar á la reina! Y cómo?

Vaya una idea! Y por qué?

RUY BLAS, *con enfado.*

Y lo sé yo por ventura!
Ser quisiera condenado
Y poder ser uno de esos,
Que con altivo penacho
Pueden acercarse á ella;
Sí, daría mi alma al diablo
Por romper esta cadena;
Y hallarme junto á su lado
En un traje con el cual
No me sintiese humillado!
Pero mostrar mi librea
Y ser para ella un lacayo!
Piedad, Dios mío!

Se acerca á don César.

Recuerdo

Que me habías preguntado,
Por qué la amo y cómo.—Un día
Pero á qué te estoy contando
Esto.—Tu manía ha sido
Preguntar hasta el cansancio.
Qué es lo que puedo decirte?
He aquí todo:—¡yo la amo!—

DON CESAR.

Mas no te enfades.

RUY BLAS, *sentándose pálido y agitado.*

Perdona.

Y deja á este desgraciado,

Con las pasiones de un rey
Bajo el traje de un lacayo.

DON CESAR, *poniéndole la mano sobre el hombro.*

Yo abandonarte, yo que
Nunca he sufrido ni amado,
Pobre, que de puerta en puerta
El amor voy mendigando,
Y á quien arroja el destino
Limosna de vez en cuando ;
Yo de la fiesta de ayer
Anuncio despedazado,
Yo cascabel sin sonido,
Por ese amor que brillando
Veo en ti, te compadezco
Cuánto te envidio, oh hermano !

Momento de silencio: se dan las manos y se miran con expresión de tristeza, de confianza y de amistad. Entra don Salustio caminando á pasos lentos, y fija una mirada de atención sobre don César y Ruy Blas: Trae en la mano un sombrero y una espada que coloca al entrar sobre una silla, y en la otra un talego que pone sobre la mesa.

DON SALUSTIO.

Aquí está el dinero.

Á la voz de don Salustio, se pone precipitadamente de pie Ruy Blas.

DON CESAR, *aparte, mirando de soslayo á don Salustio.*

El diablo

Me lleve, si aquesta sombra

No nos estaba asechando.

Alto, á don Salustio:

Gracias, señor don Salustio.

Desata el talego y lo vacía sobre la mesa; cuenta los ducados y los va sucesivamente colocando en montoncitos. Mientras que don César cuenta, don Salustio se retira al foro, cuidando de no despertar la atención de aquél, y abre la puertecilla de la derecha: á una señal suya, tres alguaciles armados de espada y vestidos de negro, salen por ella: don Salustio les señala misteriosamente á don César. Ruy Blas permanece inmóvil y de pie, sin oír ni ver nada.

DON SALUSTIO, *á los alguaciles.*

Cuando salga seguiréis

Á ese hombre que está contando

El dinero, y en silencio

Le prenderéis,—sin escándalo,—

Y lo embarcaréis en Denia.

Les entrega un pergamino cerrado.

—He aquí la orden de mi mano.—

Una vez en alta mar,

Del África á los corsarios

Lo venderéis, sin hacer

De sus vanas quejas, caso.

—Os regalaré mil pesos.—

—Despachad.

Los tres alguaciles se inclinan y vánse.

DON CESAR, *concluyendo de contar*

Por cierto que hallo

Que no hay cosa más amena

Que emplear el tiempo apilando
Escudos propios.

*Hace dos porciones iguales de dinero y se vuelve hacia
Ruy Blas.*

Tu parte.

RUY BLAS.

Qué dices!

DON CESAR.

Vamos!

Toma: ya eres libre.

RUY BLAS.

No.

Antes fuera necesario

Libertar el corazón:

Mi suerte está en el palacio,

Y aquí, Zafarí, me quedo.

DON CESAR, *recogiendo el dinero*

Soy yo el loco por acaso?

Eres tú el cuerdo? Dios sabe!

DON SALUSTIO, *observándolos.*

Qué semejanza hay entre ambos!

RUY BLAS, *á don César.*

Adiós!

DON CESAR, *dándole la mano.*

¡Tu mano, y abur!

Váse don César sin reparar en don Salustio.

ESCENA CUARTA.

RUY BLAS Y DON SALUSTIO.

DON SALUSTIO.

Ruy Blas!

RUY BLAS.

Señor!

DON SALUSTIO.

No estoy cierto

Si había ya amanecido

Cuando á palacio has venido.

RUY BLAS.

Todavía no, señor.

Dí al portero mi pase

En silencio, y en seguida

Esperé vuestra venida.

DON SALUSTIO.

Traíais capa?

RUY BLAS.

Si señor.

DON SALUSTIO.

Te ha visto alguno en palacio

De esa librea cubierto?

RUY BLAS.

Nadie, señor; estoy cierto:

Ni en palacio, ni en Madrid.

DON SALUSTIO, *designando con el dedo la puerta por donde salió don César.*

Cierra, y deja ese vestido.

Ruy Blas obedece, y se despoja de su casacón de librea arrojándolo sobre un sillón.

Creo tenéis letra hermosa :

Una epístola amorosa

Quiero que ahora me escribáis.

Váis á ser mi secretario,

—No quiero callaros nada —

Es para mi reina amada,

Un demonio celestial,

Doña Luz, maldito hechizo

Bajado del paraíso.

Escribid : voy á dictar.

Dictando.

“Un inminente peligro

“Amenaza mi cabeza,

“Que sólo mi reina puede

“Conjurar con su presencia,

“Viniendo á verme á mi casa

“Esta noche, pues sin ella

“Estoy perdido. Mi vida

Pongo á vuestros pies, que besa”

Se interrumpe, riéndose.

Un peligro ! á la verdad

Que no está mala la traza

Para atraërla á mi casa :

Algo experto en esto fuí.

Las mujeres gustan mucho
De salvar á quien las pierde;
No hay nada que más se acuerde
Con su índole.—Y añadid:

Sigue dictando.

“De noche, sin que os conozcan,
“Penetraréis por la puerta
“De la avenida, que guarda
“Una persona discreta.”
Firmad.

RUY BLAS.

Cómo?

DON SALUSTIO.

Poned, César.

Es mi nombre de aventura.

RUY BLAS, *obedece.*

Conocerá la escritura?

DON SALUSTIO.

Casi siempre escribo así:

Con la nema es suficiente.

—Hoy parto, y deciros quiero

Que como amigo sincero

Tengo un proyecto hacia vos.

—Mas debes obedecerme.—

Voy á cambiar vuestro estado

Porque siempre os he encontrado,

Servidor discreto y leal.

RUY BLAS, *inclinándose.*

Señor!. . . . Para quién la carta?

DON SALUSTIO.

— Dadme: me encargo yo de eso—

Continuando, y acercándose á Ruy Blas con aire significativo.

Mucho, mucho me intereso

En vuestra suerte.—Escribid.

Ruy Blas vuelve á sentarse frente á la mesa, con la pluma en la mano.

DON SALUSTIO, *dictando.*

“Yo Ruy Blas, que soy lacayo

“Del señor marqués Finlás,

“Me comprometo á servirle

“Como criado muy leal,

“En cualesquiera ocasion

“Secreta ó pública.”—Está!

Poned vuestro nombre y fecha.

Ruy Blas obedece.

Dadme el papel.

Ruy Blas entrega el papel: don Salustio lo dobla y lo guarda en su cartera.

Me han traído. . . .

Ah! vedla aquí: una espada.

Señalando la espada, sobre la cual habia puesto el sombrero en el sillón: toma la espada.

Con su banda recamada

Del gusto más escogido.

Le hace notar la calidad del tejido.

El puño está cincelado

Por Gil, que hace maravillas,

Que una caja de pastillas

En un pomo ha modelado
—Veamos como os vendría :

Coloca sobre el hombro de Ruy Blas el tahali de que está pendiente la espada.

Vaya! magnífico efecto!
—Un caballero perfecto
Parecéis por vida mía.

Escuchando.

Ya es la hora de la mañana
En que la reina atraviesa
La galería, y empieza
La etiqueta cortesana.

La puerta que da al fondo de la galería se abre: don Salustio se desprende de su ferrezuelo y lo echa sobre los hombros de Ruy Blas, en el momento en que aparece el marqués del Basto; y se dirige á éste, llevando de la mano á Ruy Blas estupefacto.

ESCENA QUINTA.

DON SALUSTIO, RUY BLAS, DON PÁNFILO DE ÁVALOS, el MARQUÉS DEL BASTO.—En seguida el MARQUÉS DE SANTA CRUZ.—Después, el CONDE DE ALBA.

DON SALUSTIO.

Aquí está el marqués del Basto.

Al marqués del Basto.

Permítame Vuestra gracia
Que le presente á don César,
Pariente de nuestra casa,
Noble conde de Garofa.

RUY BLAS.

Cielos !

DON SALUSTIO.

Callad.

EL MARQUÉS DEL BASTO, *saludando á Ruy Blas.*

Con el alma

Os saludo.

DON SALUSTIO, *bajo á Ruy Blas.*

Saludad.

No os cuidéis de lo que hagan.

EL MARQUÉS DEL BASTO, *á Ruy Blas.*

Á vuestra señora madre

Mucho estimé.

Bajo á don Salustio.

Qué mudanza !

No le hubiera conocido.

DON SALUSTIO, *bajo.*

Diez años de ausencia !

EL MARQUÉS DEL BASTO, *bajo.*

Vaya !

DON SALUSTIO, *dando á Ruy Blas en el hombro.*

Ya le tenemos de vuelta

Después de ausencia tan larga,

Á este hijo pródigo, que

Entre fiestas lo pasaba ;

Cuyos conciertos y bailes

Todo Madrid deslumbraban,

Y antes de pasar tres años

Se encontró sin una blanca.

—En el galeón de las Indias
Ahora de llegar acaba.

RUY BLAS, *embarazado*.

Mas, señor. . . .

DON SALUSTIO.

Llamadme primo.

Sabéis los de nuestra casa
Son francos.—De Iñigo Iviza
Viene nuestra estirpe clara :
Don Pedro Bazán, su nieto
Casó con doña Mariana
De Gor, y de ella proviene
Don Juan, que la Real armada
Del océano comandó :
Dos hijos tuvo su casa,
Que en nuestro árbol genealógico
Han blasonado sus armas :
Á mí el de Finlás me toca,
Y á vos de Garofa cuadra :
Ya véis que por esta parte
Bien se valen ambas razas.
Por parte de las mujeres,
También el rango se iguala :
De Portugal yo provengo,
Y de Aragón la otra rama :
No es más alta la una que otra,
Pues decirse puede de ambas,
Yo soy el fruto, y vos flor
De la otra.

RUY BLAS, *aparte*.

Donde me arrastra!

Mientras que don Salustio habla con Ruy Blas, se aproximan á ellos, el Marqués de Santa Cruz, don Álvaro de Bazán y Benavidez, viejo con peluca, de barba y bigote cano.

EL MARQUÉS DE SANTA CRUZ, *á don Salustio*.

La genealogía es clara:

Si es vuestro primo, lo es mío.

DON SALUSTIO.

De cierto, nuestra prosapia,

Una es, señor Santa Cruz.

Le presenta á Ruy Blas.

Don César

EL MARQUÉS DE SANTA CRUZ.

El que pasaba

Por muerto, pienso no sea.

DON SALUSTIO.

Él es.

EL MARQUÉS DE SANTA CRUZ.

Ha vuelto?

DON SALUSTIO.

Y acaba

De arribar de Indias.

EL MARQUÉS DE SANTA CRUZ, *examinando á Ruy Blas.*

Sí, él es!

DON SALUSTIO.

Le reconocéis?

EL MARQUÉS DE SANTA CRUZ.

Ah! vaya!

Pues si le he visto nacer.

DON SALUSTIO, *á Ruy Blas*.

El buen hombre no ve nada,

Y finge reconoceros

Para mostrar vista clara.

EL MARQUÉS DE SANTA CRUZ.

Venga esa mano, estrecharla

Quiero á título de primo.

RUY BLAS, *inclinándose*.

Señor. . . .

EL MARQUÉS DE SANTA CRUZ.

Tiene buena planta

Y es bien apuesto el mancebo.

DON SALUSTIO, *al Marqués*.

Voy sus deudas atrasadas

Á pagar. De vuestra parte

En posición encumbrada,

Podéis darle algún empleo

Que vaque en la regia casa,

Con el rey, ó con la reina.

EL MARQUÉS DE SANTA CRUZ.

Qué figura tan gallarda!

Veremos.

DON SALUSTIO.

Lo recomiendo.

EL MARQUÉS DE SANTA CRUZ.

Es pariente, y esto basta.

DON SALUSTIO.

Sois árbitro del consejo.

Don Salustio se aleja del Marqués de Santa Cruz, y se acerca á los demás señores, á quienes presenta á Ruy Blas, y entre ellos al conde de Alba, que está lujosamente vestido.

DON SALUSTIO.

Os presento, conde de Alba,

Un primo mío.—Señores,

Don César Bazán.

Los señores saludan gravemente á Ruy Blas, quien confundido contesta con reverencias. Don Salustio se dirige al conde de Ribagorza.

La danza

Vistéis ayer de Atalante?

Qué bien Lindamira estaba!

Bailó á las mil maravillas.

Se dirige al conde de Alba.

Mis plácemes, conde de Alba.

Hermoso es vuestro jubón.

EL CONDE DE ALBA.

Otro, la noche pasada

Matalobos me robó,

Mejor, de seda rosada

Y ribeteado con oro.

UN UGIER DE CORTE, *al foro.*

La Reina!

Los grandes cortinajes de la galería descorren; los nobles se forman en dos filas al lado de la puerta. Los guardias aparecen al fondo. Ruy Blas, fuera de sí,

se adelanta al proscenio, como para refugiarse. Don Salustio le sigue.

DON SALUSTIO.

Cuando se agranda

Vuestra suerte, como así,
Os apocáis vos!—Mi casa
Cerca del puente, y los mudos,
Te doy; quedando á mi guarda,
Sólo las llaves secretas.—
—Subid, sin temor de nada:
Voy á hacer vuestra fortuna:
Así, tened más confianza,
Y haced vos mi voluntad.
—Esta es la hora deseada.—
La corte es país tenebroso
En donde á ciegas se anda:
Seguid con ojos vendados;
Yo os guiaré con vista clara.

Nuevos guardias aparecen en el fondo del teatro.

EL UGIER.

La Reina!

RUY BLAS, *aparte*.

La Reina! Ah!

Aparece la Reina vestida magníficamente, rodeada de pajes y damas, bajo un dosel de terciopelo carmesí llevado por cuatro gentiles hombres de cámara. Ruy Blas, contempla como absorto esta espléndida visión. El marqués del Basto, el conde de Alba, el marqués de Santa Cruz, Don Salustio y todos los grandes de Es-

pañá se cubren. Don Salustio se acerca rápidamente á la silla en que antes habia dejado el sombrero, lo toma y se lo lleva á Ruy Blas.

DON SALUSTIO, *poniéndole á Ruy Blas el sombrero en la cabeza.*

Qué es esto?—Grande de España:

Don César Bazán, cubrios.

RUY BLAS.

Qué me ordenáis ahora que haga?

DON SALUSTIO, *señalándole la Reina, que atraviesa lentamente la galería.*

Que agrade á esa mujer,

Y que hagas de ella tu dama.

ACTO II.

LA REINA DE ESPAÑA.

PERSONAJES.

LA REINA.

RUY BLAS

DON GURITÁN.

CASILDA.

LA DUQUESA DE ALBUQUERQUE.

UN UGIER DE CÁMARA.

DUEÑAS, PAGES, GUARDIAS.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un salón contiguo al aposento de la Reina.

Á la izquierda, una puertecilla que conduce al aposento. Á la derecha otra puerta que se supone comunica con las habitaciones interiores. En el fondo grandes ventanas abiertas. Es la tarde de un hermoso día de verano. Gran mesa. Sillones. Á la izquierda una imagen, ricamente encuadrada, y adozada á la pared, á cuyo pie se lee: *Santa María esclava*. Al lado opuesto, una Virgen, y delante de ella una lámpara de oro encendida. Cerca de la Virgen un retrato de cuerpo entero del rey Carlos Segundo.

Al levantarse el telón, la Reina doña María de Neuburg, aparece en un rincón sentada al lado de una de sus damas, joven y bella. Está vestida de blanco; borda, ó interrumpe su labor para conversar. En el extremo opuesto, está sentada la duquesa de Albuquerque, camarera mayor, mujer anciana, y vestida de negro. Al fondo, don Guritán, conde de Oñate, mayordomo y grande de España, de vigote cano, fisonomía de antiguo militar, vestido con una elegancia exagerada.

ESCENA PRIMERA.

LA REINA, LA DUQUESA DE ALBUQUERQUE,
DON GURITÁN, CASILDA, DAMAS.

LA REINA, á Casilda.

Yo debiera estar contenta
Porque se ha marchado ya;
Mas no lo estoy, que me odia
Ese marqués de Finlás.

CASILDA.

Cumpliendo vuestro deseo
Ya desterrado lo han.

LA REINA.

Pero ese hombre me aborrece.

CASILDA.

Que hace á Vuestra majestad. . . .

LA REINA.

No sé, pero ese marqués,
Casilda, es mi ángel del mal.
—Ya sabes tú que debía
Al otro día marchar;
Sin embargo, al besamano,
Como antes le era habitual,
Se presentó.—Yo tranquila,
Mi mano daba á besar
Á los grandes, y miraba
En la vaga oscuridad,
Sobre la pared pintada
Una batalla campal;
Cuando á ese hombre tan terrible
Vi, mis ojos al bajar:
Se acercaba, acariciando
La contera de un puñal.
Con su mirada de fuego,
En medio á su gravedad,
Me ofuscó de tal manera,
Que ya no vi nada más.
Se adelantó lentamente,
Y al doblar servil su faz,
Su boca de vil serpiente
Sentí en mi mano posar.

CASILDA.

Rendía sus homenajes
Cual lo hacía cada cual.

LA REINA.

Pero sus labios no eran,
Casilda, cual los demás
—Desde entonces, su recuerdo
Me persigue con afán.—
—Tiene el infierno en el alma.—
Delante de él no soy más
Que una mujer.—Por las noches,
Veo en mis sueños pasar
Ese demonio, que besa
Mi mano, y relampaguear
Sus ojos llenos de encono.
—Siento á veces, circular
Por mis venas un veneno;
Siento su beso glacial
Que me estremece.—Qué dices
De esto?

CASILDA.

Que son nada más
Que fantasmas pasajeras.

LA REINA.

En fin! cuidados más serios
Ocupan mi alma.

Aparte.

Ocultar

Debo á los que me rodean

Lo que me atormenta más.

Á Casilda.

Dónde están esos mendigos

Que no osaban á llegar!

CASILDA, *asomándose á la ventana.*

En la plaza.

LA REINA.

Este bolsillo

Por el balcón les darás.

Casilda toma el bolsillo, y lo arroja por el balcón.

CASILDA.

Oh señora! vos que sois

El angel de la bondad,

No daréis una limosna,

Al pobre don Guritán?

Mostrando á don Guritán, que en el fondo del teatro, de pie y silencioso, contempla á la reina con una mirada llena de muda adoración.

Una palabra tan sólo

Á ese viejo militar,

Á ese amador acendrado

Con coraza de metal,

Y bajo dura corteza

Un corazón de panal.

LA REINA.

Es bien fastidioso!

CASILDA.

Sí:

Pero qué cuesta el hablar!

LA REINA, *á don Guritán.*
Buen día, conde de Oñate.

DON GURITÁN, *á Casilda.*
La Reina está celestial!

CASILDA, *mirando á don Guritán que se aleja.*

Pobre garza, fascinada
Por el agua, que en su afán,
Después de un día de espera
Puede por suerte atrapar,
Un buen día ó buenas noches,
Cuando seca por demás
No le toca una palabra,
Y qué contenta se va
Con esta presa en el pico!

LA REINA, *con sonrisa melancólica.*
Calla, locuela!

CASILDA.

Mirad :

Para ser feliz le basta
Vuestro rostro contemplar,
Porque esa vista para él
Expresa : felicidad.

Mirando un cofrecillo que está en la mesa.

Ah! qué hermoso cofrecillo!

LA REINA.

Sí, y la llave aquí está.

CASILDA.

Exquisita es la madera!

LA REINA, *dándole la llave.*

Toma la llave: ábrela.
La he llenado de reliquias,
Pues que la pienso enviar
Á Neuburg, para mi padre
¡Qué contento se pondrá!

Se abstrae por un momento, y arrancándose de pronto á su meditación, exclama aparte:

Quiero ocultar lo que siento.
No quiero en ello pensar.

A Casilda.

Tráeme un libro. . . . mas qué digo!
Ni uno tengo en alemán!
Todos son en castellano!
—El rey á cazar se va.
—Qué fastidio! en siete meses,
Doce días, á lo más,
Habré pasado con él.

CASILDA, aparte.

Á un rey la suerte ligar
Para vivir de este modo!

La Reina vuelve á su meditación, pero haciendo un esfuerzo vuelve de su enagenamiento.

LA REINA.

Quiero salir á pasear.

Á esta palabra, pronunciada imperiosamente por la Reina, la duquesa de Albuquerque, que hasta entonces ha permanecido inmóvil, levanta la cabeza, se pone de pie y hace una profunda reverencia á la Reina.

LA DUQUESA, *con acento áspero.*
Para que salir pudiera
De aquí, Vuestra Majestad,
—Esta es la regla, señora,
Desde tiempo inmemorial,—
Un grande con llave regia,
Debe en cada puerta estar
Por donde la Reina pase,
Y á esta hora, ninguno está
En palacio.

LA REINA.

Qué! me quieren
Hacer morir, ó encerrar.

LA DUQUESA, *haciendo otra reverencia.*
Soy camarera mayor,
Y no hago sino llenar
Mi cargo.

Se sienta.

LA REINA, *aparte y con desesperación, tomándose
la cabeza con ambas manos.*

Siempre pensar!

Mas no!

Alto.

Que vengan mis damas!
Unos naipes, y á jugar!

LA DUQUESA, *á las dueñas.*

Quietas, señoras, estad.

*Poniéndose de pie y haciendo una reverencia á la
Reina.*

Según nuestra ley antigua
No puede Su Majestad
Sino jugar con el rey
Ó con su familia real.

LA REINA, *con impaciencia.*
Venga un pariente!

CASILDA, *aparte.*
Qué dueña!

LA DUQUESA, *haciendo una señal de cruz.*
Dios no se ha dignado dar
Ninguno al rey, y la reina
Ha muerto, y él, solo está.

LA REINA.
Que me sirvan la merienda.

CASILDA.
Muy bien!

LA REINA.
Me acompañarás

Tú.

LA DUQUESA, *haciendo una reverencia.*
La Reina come sola
Cuando el rey ausente está.

CASILDA, *aparte, mirando á la Duquesa.*
Oh! qué insoportable abuela!

LA REINA, *despechada.*
Qué hacer en mi soledad,
Cuando no puedo hacer nada,
Comer, salir, ni jugar.

—En un año que soy reina
Vivo muriendo en verdad.

CASILDA, *aparte, mirando á la Reina.*

Pobre mujer! condenada
En el tedio á vegetar
En esta insípida corte,
Y no tener más solaz
Que ver en este pantano
Dormido. . . .

Mirando á don Guritán que permanece inmóvil y de pie en el fondo de la cámara.

Un viejo galán,
Que vela sobre una pata
Como una grulla, pensando
En ella!

LA REINA, *á Casilda.*

Vamos, buscad.
¿Qué hacer, Casilda?

CASILDA.

Ya dí!
En vez del rey gobernáis:
Haced llamar los Ministros
Para distraeros.

LA REINA.

Ah! ya!
Ver ocho rostros siniestros,
De Francia y su rey hablar,
De Roma, del Archiduque,
Del retrato que á pasear

Bajo palio, cuatro alcaldes,
En procesión popular
Sacaron por todo Burgos
Di, no se te ocurre más ?

CASILDA.

Y bien! si subir hicieráis
Un escudero galán?

LA REINA.

Casilda!

CASILDA.

En corte tan vieja,
Quisiera un joven mirar,
Pues pienso, que viendo viejos
Por el ojo entra la edad
Y se envejece más pronto.

LA REINA.

Rie! el día llegará,
En que el corazón transido
Su alegría perderá,
Cual se pierde el sueño.

Pensativa.

Ah!

Ir sola al rincón del parque,
Fuera mi felicidad.

CASILDA.

Gran felicidad, por cierto!
Ameno sitio en verdad,
Lleno de trampas, do nada
Se puede afuera mirar,

Pues las paredes, más altas
Son que los árboles.

LA REINA.

Ah!

Quisiera salir á veces!

CASILDA.

Salir! Señora escuchad.
Cuando se está aprisionado
En la austera soledad,
Existe una llave mágica
Que alumbra en la oscuridad.
— Yo la tengo.—Y si queréis
De los malos á pesar,
Podremos salir de noche
Y por la villa pasear.

LA REINA.

Oh! no lo digas, Casilda.

CASILDA.

Si es cosa fácil!

LA REINA.

Jamás!

Se aleja de Casilda y vuelve á su meditaci6n.

Oh mi Alemania! oh mis padres!
Quien con vosotros estar
Pudiera, y con mi hermanita
Por la campiña vagar,
Y ver á los jornaleros
Llevar al hombro su haz,
Y á su paso detenerlos

Y con ellos platicar!
Qué encanto!—Pero una noche
Un hombre miré llegar,
Todo de negro; y me dijo:
“De España reina serás.”
Mi padre estaba contento,
Y yo miraba llorar
Á mi madre. Padres míos!
Ahora los dos llorarán.
—Secretamente, este cofre
Á mi padre voy á enviar.
—Ha de quedar muy contento.—
—Todo es tedio, y para más,
Hasta se han muerto mis pájaros
De Alemania.

Casilda hace un ademán como de torcer el pescuezo á las aves, mirando de soslayo á la camarera.

Hasta las flores
De mi bello país natal
Me privan, y en mis oídos
Ni aun siento dulce vibrar
Una palabra amorosa.
Todo es tristeza! Además
Como dices, es bien triste
Ese parque, soledad
Con muros sin horizonte.

Se oye fuera un canto lejano.
Dónde suena ese cantar?

CASILDA.

Esas son las lavanderas

Que al río cantando van.

El canto se acerca, se oyen las palabras, y la Reina escucha con avidez.

Voces dentro.

Si es muy grata la armonía
Del canto del ruiseñor,
Es más tierna la armonía
Que canta en tu dulce voz.

Si el ojo de Dios destella
En las luces de su sol,
Puso en tus ojos la estrella
De más dulce resplandor.

La primavera amorosa
Hace renacer la flor,
Pero la flor más hermosa
Florece en tu corazón.

Ese pájaro de llama,
Y de la vida ese sol,
La flor que brota del alma
Se llama amor!
Se llama amor!

LA REINA, *pensativa.*

El amor! oh qué felices
Ellas son! con su cantar
Me halagan y me acongojan
Á la vez.—Qué soledad!

LA DUQUESA, *á las dueñas.*
Esas mujeres que pasan,

Y han llegado á importunar
Á la Reina, que las echen.

LA REINA.

No, que se las deje en paz.

Mostrando una de las ventanas que van al fondo.

Veamos por esta ventana,
Casilda, que al campo da.

LA DUQUESA, *haciendo una reverencia.*

Una reina, nunca debe
Por la ventana mirar.

LA REINA, *deteniéndose y volviendo sobre sus pasos.*

El sol que dora los valles,
El polvo de oro, fugaz
Que se alza sobre el camino,
Y las canciones lejanas
Que otros pueden escuchar,
Nada existe para mí!
He dado adiós por jamás
Al mundo, y ni las bellezas
De Dios puedo contemplar.
—No me es dado ser testigo
Del placer de los demás!

LA DUQUESA, *haciendo señal á todas de retirarse.*

Hoy, día de los Apóstoles,
Y es necesario dejar
Á la Reina.

Casilda da algunos pasos hacia la puerta, y la Reina la detiene.

LA REINA.

Tú me dejas?

CASILDA.

Si nos manda retirar!

LA DUQUESA.

Vamos, que á sus devociones

La Reina se va á entregar.

ESCENA SEGUNDA.

LA REINA, *sola*.

A sus devociones! Si!

Sola con su pensamiento!

Como huirle, en el momento

En que todo es sombra en mí!

Meditabunda.

Aquella mano sangrienta

Que impresa en el muro estaba

Y el encaje que colgaba

De la reja, me atormenta.

Por traer sólo unas flores

Exponer así su vida!

Ay! esa sangre vertida

Vale todos mis dolores.

Engolfándose en su meditación.

Un encanto irresistible

Me lleva allí.—Que no viene

Tres días ha, y me tiene

Cuidadosa.—Oh tu, invisible

Mortal, quien quiera que seas,

Y que sin pedirme nada,

Al mirarme abandonada

Me tributas tus preesas ;
Tú, joven desconocido
Cuya sombra me acompaña,
Dando á la reina de España
Una flor ¡sé bendecido!

Vivamente y llevando la mano al corazón.

Su carta quema !

Volviendo á su meditación.

Y el otro !

Don Salustio el implacable!
Ah! mi suerte miserable
Me tiene atada á su potro,
Y entre mis congojas miro
Agitarse allá en la sombra,
Un espectro que me asombra,
Y un hombre por quien suspiro.
Uno me odia, otro me llama.
Quién me salvará? No se,
Qué débil reina es á fe,
Reina que llora y no ama!
Oremos.

Se arrodilla ante la imagen de la Virgen.

Dulce Señora,
Amparadme en tu regazo,
Presta tu amoroso brazo
Á esta infeliz que te implora.
Sin atreverse á mirarte.

Interrumpiéndose.

Carta, fior y encaje, es llama

Que mi corazón inflama,

Lleva la mano al seno y saca de él una carta ajada, un ramillete marchito de florecillas azules y un pedazo de encaje manchado en sangre, que arroja sobre la mesa, y en seguida vuelve á arrodillarse.

Oh Virgen! vuelvo á implorarte!

Virgen, astro de los mares,

Esperanza en el martirio,

Yo te invoco en mi delirio

Y me acojo á tus altares.

Interrumpiéndose otra vez.

Esa carta! . . .

Mirando hacia la mesa.

Atrae á sí!

Se arrodilla de nuevo.

No quiero leer!—De dulzura

Reina y madre, en mi amargura,

Yo te llamo: ven á mí.

Pónese de pie, da algunos pasos hacia la mesa, se detiene, y en seguida se precipita sobre la carta como cediendo á una atracción irresistible.

Por la última vez leeré!

Dcsdobla la carta con decisión, y lee.

“Señora:

Vive en la sombra un hombre que os adora

Postrado á vuestros pies, y que os ha dado

Su alma y su vida. Insecto enamorado

De una estrella, que mira desde el suelo,

Muere de amor al veros en el cielo.”

Pone la carta sobre la mesa,

Cuando el alma está sedienta
Bebe hasta negro veneno.

Vuelve á poner la carta y el encaje en su seno.

Oh, carta! ven á mi seno!
Algo en el mundo me alienta!
No tengo en la tierra nada.
Ay! yo habría al rey amado,
Si él lo hubiese desëado!

Abrese la puerta y entra un ugiér de cámara, vestido de gran gala.

EL UGIER, *en alta voz.*

Carta del rey!

LA REINA, *como despertando sobresaltada y con un grito de alegría.*

Oh! salvada!

ESCENA TERCERA.

LA REINA, LA DUQUESA DE ALBUQUERQUE,
CASILDA, DON GURITÁN, DAMAS DE LA REINA,
PAGES, RUY BLAS.

Entran todos gravemente: la duquesa á la cabeza de las damas. Ruy Blas permanece de pie en el fondo del teatro: está magníficamente vestido, con su capa sobre el brazo izquierdo. Dos pajes conducen sobre un cojín de tisú la carta del rey, y se arrodillan delante de la Reina á algunos pasos de distancia.

RUY BLAS, *en el fondo del teatro, aparte.*

Dónde estoy?—Qué bella está!

Qué hago aquí?

LA REINA, *aparte*.

Favor del cielo!

Alto

Dad pronto!

Volviéndose al retrato.

Gracias, Señor!

A la Duquesa.

De dónde es el mensajero?

LA DUQUESA.

De Aranjuez, en donde el rey
Cazando está.

LA REINA.

La agradezco

Con todo mi corazón.

Al dirigirme un recuerdo

Él ha comprendido bien

Necesitaba en mi tedio

Una palabra de amor.

Dádmela.

LA DUQUESA, *con una reverencia.*

Yo soy quien debo

Abrirla y leer.

LA REINA.

Esto más! Vaya! leed presto.

LA DUQUESA, *leyendo.*

“Señora: hace mucho viento,

“Y maté seis lobos.—CARLOS.”

LA REINA, *aparte.*

Ay de mí!

DON GURITÁN.

Y todo es eso?

LA DUQUESA.

Sí, señor conde, eso es todo.

CASILDA, *aparte*.

Caza y hace mucho viento!

Cómo esto la mente eleva!

Vuestro corazón es tierno,

Está afligido ó alegre?

Ah! sus seis lobos ha muerto!

LA DUQUESA, *presentando la carta*.

Si quiere su Majestad. . . .

LA REINA, *rehusando*.

No.

CASILDA.

Qué, no dice más que eso?

LA DUQUESA.

Sin duda ¿para qué más?

Nuestro rey caza, hace viento;

Y de camino que escribe

Cuenta los lobos que ha muerto.

Examinando la carta.

Escribe? no, que ha dictado.

LA REINA, *tomando la carta, y examinándola á su vez.*

No es de su puño, en efecto:

Tan solo su firma.

Examinando la carta con más atención, aparte.

Cielos!

Es ilusión! Es la letra
De la que llevo en el seno!

Á la Duquesa.

Quién ha traído esta misiva?

LA DUQUESA, *señalando á Ruy Blas.*

Vedlo ahí.

LA REINA, *volviéndose á Ruy Blas.*

Aquel mancebo?

LA DUQUESA.

El mismo, y se dice de él
Que es el señor más completo
Que darse pueda.

LA REINA.

Su nombre?

LA DUQUESA.

Don César Bazán, un nuevo
Escudero que os da el rey,
Y que abona con empeño
El señor de Santa Cruz
De parte del rey.

LA REINA.

Bien. Quiero

Hablarle.

A Ruy Blas.

Don César. . . .

RUY BLAS, *aparte, estremeciéndose.*

Ella

Me habla! me mira! yo tiemblo!

LA DUQUESA, á *Ruy Blas*.

Acercáos.

DON GURITÁN, *mirando á Ruy Blas*.

No me conviene

Este joven escudero.

Ruy Blas, pálido y turbado, se acerca con lentitud hacia la Reina.

LA REINA.

Venís ahora de Aranjuez?

RUY BLAS.

Sí, señora.

LA REINA.

Estaba bueno

El Rey?

Ruy Blas se inclina, y la Reina le muestra la carta.

Dictó para mí?

RUY BLAS.

De cierto,

Y lo hizo desde á caballo,

A

Trepidando un momento.

uno de su cortejo.

LA REINA, *aparte*.

Su mirada me penetra ;

Á preguntar no me atrevo.

Quién

Alto.

Está bien, caballero

Ah! decid, muchos señores

Estaban reunidos? (*aparte*) Cielos!
Por qué se turba mi vista!

RUY BLAS.

Señora, pocos momentos
Estuve allí. De Madrid
Ha tres días que estoy lejos.

LA REINA, *aparte*.

Tres días!

La Reina fija sobre Ruy Blas una mirada llena de turbación.

RUY BLAS, *aparte*.

¡Aghena! oh celos!

Y de quién! un negro abismo
Cavar en mi pecho siento.

DON GURITÁN, *á Ruy Blas*.

Escuchad.—Vuestros deberes
Conocéis como escudero?
En la cámara inmediata
Que conduce al aposento
De la reina, aquesta noche
Debéis estar, y al momento,
Abrir al rey si llegare
Á ver á la reina.

RUY BLAS, *estremeciéndose, aparte*.

Cielos!

Abrir al rey! (*alto*) Si está ausente. . . .

DON GURITÁN.

Y bien! nada importa eso:
Puede llegar de improviso.

RUY BLAS, *aparte*.

Yo!

DON GURITÁN, *aparte, observando á Ruy Blas*.

Qué le pasa al mancebo?

LA REINA, *que ha escuchado el diálogo anterior con la vista fija en Ruy Blas*.

Cual palidece!

Ruy Blas, desfallecido, se apoya en el respaldo de un sillón.

CASILDA.

Este joven

Parece hallarse indispuesto.

RUY BLAS, *sosteniéndose con esfuerzo*.

No es nada: tan sólo es

De la carrera el esfuerzo,

Y el calor (*aparte*) Abrir al rey!

Cae desfallecido en el asiento, y al caer, su capa se desarregla, y deja ver su mano izquierda envuelta en vendajes ensangrentados.

CASILDA.

Está herido! santos cielos!

Mirad su mano.

LA REINA.

Está herido!

CASILDA.

Y pierde el sentido! Ah! presto,
Alguna esencia

LA REINA.

Aquí tengo

Mi pomo.

Fijándose en el encaje de la vuelta del puño de la manga derecha.

(*Aparte*) Es el mismo encaje!

Al tiempo de sacar el pomo del seno, en su turbación deja caer el pedazo de encaje que tenía oculto. Ruy Blas, que no aparta de ella los ojos ve á la Reina sacar el encaje de su seno.

RUY BLAS, *aparte*.

Oh Dios!

Las miradas de la Reina y de Ruy Blas se encuentran. Silencio.

LA REINA, *aparte*.

Él es!

RUY BLAS.

En su seno!

LA REINA, *aparte*.

Él es!

RUY BLAS, *aparte*.

En este momento

Haced, Dios mío, que muera!

En el desorden y precipitación de las damas que se acercan á Ruy Blas, lo que pasa entre él y la Reina no ha sido notado por nadie.

CASILDA, *haciendo respirar la esencia á Ruy Blas.*

Decid, cómo ha sido eso?

Ha sido ahora? ó tal vez,

Una herida que se ha abierto

En el camino? Y porque
Vinisteis de mensajero
Del rey?

LA REINA, *á Casilda.*

Bien: acabarás
Con tus preguntas!

LA DUQUESA, *á Casilda.*

Con eso,
Qué tiene que ver la Reina?

LA REINA.

Puesto que escribió la carta,
Pudo traerla.

CASILDA.

No creo
Dijese que él la escribió.

LA REINA, *aparte.*

Oh!

Á Casilda.

Cállate!

CASILDA.

Caballero,
Os sentís mejor?

RUY BLAS.

Renazco!

LA REINA, *á las damas.*
Que lleven á un aposento
Al conde.

Á los pajes:
El rey no vendrá

Esta noche, y os prevengo
Pasará todo el estío
En la caza.

La Reina se retira con sus damas.

CASILDA, *mirando á la Reina.*

Á lo que pienso,
Tiene algo dentro de sí,
La Reina.

RUY BLAS, *queda solo.*

Parece que escucha aún con goce profundo las últimas palabras de la Reina, como si estuviese soñando. El pedazo de encaje que la Reina ha dejado caer, ha quedado sobre la alfombra: lo recoge, lo mira con amor y lo cubre de besos, levantando los ojos al cielo.

Oh Dios! piedad!

No me enloquezca el contento!

Mirando al encaje.

Oculta el encaje en su seno.—Entra don Guritán por la puerta por donde salió la Reina: se acerca lentamente á Ruy Blas, y al llegar á algunos pasos de él, saca su espada hasta la mitad, la compara con la de Ruy Blas, y viendo que son desiguales, la envaina. Ruy Blas le mira sorprendido.

ESCENA CUARTA.

RUY BLAS, DON GURITÁN.

DON GURITÁN, *envainando.*

Dos iguales buscaré.

RUY BLAS.

Me diréis qué significa?

DON GURITÁN.

Por sí sólo esto se explica.

RUY BLAS.

Señor, no os entenderé,

Si no habláis claro.

DON GURITÁN, *con gravedad.*

Hablaré.

—En mil seiscientos cincuenta

Hallándome en Alicante,

Donde con pasión violenta

Ardía mi pecho amante,

No de cuidados exenta,

Un mancebo muy garboso

Que de amor tenía el don,

Miró con gesto amoroso

De mi dama el rostro hermoso,

Paseando por su balcón.

El caballero galante,

Que don Vasco se llamaba,

Con aire muy arrogante

Por la catedral cruzaba.

—Le maté.—Sigo adelante.

RUY BLAS, *quiere interrumpirle con un gesto.*

Y qué?

DON GURITÁN.

Atended: acabo.

—De Iscola el conde, á mi bella,

—Del sesenta y seis al cabo,—
Envió una esquela, que ella
Presentóme, y al esclavo
Portador,—el cual Visella
Se llamaba.—Y por su afrenta,
Á Iscola maté, y matar
Hice al esclavo.

Ruy Blas quiere interrumpirle de nuevo: Don Guritán lo contiene con un gesto, y continúa.

El ochenta,
Mi dama,—según mi cuenta,—
Dióme algo que sospechar,
Con un don Tirso,—no empacho
Tengo en decir, era amable,
Y que á su rostro agradable
Caía bien un penacho.—
—En aquel tiempo era usanza
Poner herraduras de oro
Á las mulas:—un tesoro
Costaba ello—Yo en venganza
Maté á don Tirso.—No chanza!

RUY BLAS.

Qué queréis decirme vos?

DON GURITÁN.

Quiero decir, que de un pozo,
Agua sale ¡ vive Dios!
Y que hablando sin rebozo,
Hemos de reñir los dos;
Que del camino á la orilla
Hay un desierto lugar

Á espaldas de una capilla,
Que un valiente sin mancilla
No deja de visitar;
Que si no miente la cara,
Sois don César de Bazán,
De estirpe noble y preclara;
Yo, don Gaspar Guritán,
Conde de Oñate y Guevara.

RUY BLAS, *con frialdad.*

Convenido!

Durante este diálogo, Casilda ha entrado silenciosamente por la puerta del fondo, y escucha las últimas palabras de los dos interlocutores.

CASILDA, *aparte.*

Un desafío!

Á la reina prevendré,
Lo que ocurre. (*Váse.*)

DON GURITÁN, *siempre imperturbable.*

Señor mío,
Una lección os daré,
Que pienso aproveche, á fe!
—Siempre miré, caballero,
Algo en menos los garzones
De lenguaje plañidero,
Que con gesto zalamero
Provocan las atenciones
De las damas; y en su amaño,
Para lucir su apostura,
Con pretexto de un araño,

Se desmayan con garbura,
Que esta es la usanza de ogaño.

RUY BLAS.

No os comprendo.

DON GURITÁN.

Pues los dos

Amamos á un mismo ser,
Yo os pregunto,—acá entre nos,—
Qué es lo que me toca hacer,
Yo maduro, y mozo vos?
—Sois el joven escudero,
Y yo el viejo mayordomo,
Y uno de los dos, infiero,
Está demás, pues si cómo,
Teniendo tal compañero
De mesa, soy el que ayuno,
Pues tenéis doble apetito;
Y es por demás importuno,
Y sin provecho ninguno,
El contemplar de hito en hito
A un rival.—Muy bien me se,
Que luchar con vos no puedo
Como galán, pues que rayo
En los sesenta, y muy quedo
Viene la gota.—Concedo
Que de ese porte el hechizo
Enamore en su desmayo;
Y como no soy remiso,
Para apagar ese rayo,
El matarnos es preciso.

RUY BLAS.

Probadlo.

DON GURITÁN.

Oid, señor conde:

Si me queréis esperar,
Y á espada y daga pelear,
Don Guritán os responde,
Conde, que os ha de matar.

Extiende la mano á Ruy Blas, que éste acepta.

RUY BLAS.

Solos deberemos ir?

DON GURITÁN.

Sin testigos iré yo.

RUY BLAS.

No hay nada más que decir.

Váse.

DON GURITÁN, *solo.*

Vive Dios! que no tembló

Sabiendo que va á morir.

Aparece la Reina, que se acerca rápidamente á don Guritán, quien se muestra sorprendido y encantado al verla. La Reina trae en la mano el cofrecillo de las reliquias.

ESCENA QUINTA.

DON GURITÁN, LA REINA.

LA REINA.

Conde de Oñate, os buscaba

DON GURITÁN, *arrobado*.

Suprema felicidad!

LA REINA, *risueña, poniendo el cofrecillo sobre la mesa.*

Ahora Casilda me hablaba,
Y sabéis! me aseguraba
Que haríais mi voluntad.

DON GURITÁN.

Y harta razón que tenía.

LA REINA.

Yo he sostenido que no.

DON GURITÁN.

Perdonad, señora mía,
Mas la razón os faltó.

LA REINA.

Dijo:—Hasta el alma daría,
Y hasta su sangre. . . .

DON GURITÁN.

Es verdad!

LA REINA.

Todo?

DON GURITÁN.

Todo!

LA REINA.

Pues cuidado.
De que así lo habéis jurado.

DON GURITÁN.

Por mi patrón venerado,

San Gaspar, juro en verdad
Cumplir vuestra voluntad,
Ó morir.

LA REINA.

Pues bien, oid,
Y cumplid con vuestro honor.
—Debéis partir de Madrid,
Y á mi padre el Elector
Llevar este cofre.—Id.

DON GURITÁN.

Á Neuburgo? (*aparte*).

(*Alto*). Mas, señora!....

Seiscientas leguas andar....

LA REINA.

Son quinientas.—Y al viajar,
La franja que lo decora
Cuidad de no maltratar.

DON GURITÁN.

Y cuándo debo partir?

LA REINA.

En el instante.

DON GURITÁN.

Mañana....

LA REINA.

No lo puedo consentir.

DON GURITÁN.

Permitid....

LA REINA.

Porfía vana!

DON GURITÁN.

Que....

LA REINA.

Habéis prometido ir.

DON GURITÁN.

Concededme un día.

LA REINA.

No.

DON GURITÁN.

Porque....

LA REINA.

Nada!

DON GURITÁN.

Porque yo

Necesito....

LA REINA.

Oh que enojosa

Terquedad!

DON GURITÁN.

Sed generosa.

LA REINA.

Id!

DON GURITÁN.

Sí....

LA REINA.

Os 'abrazaré!

Lo abraza.

DON GURITÁN, *enfadado y trasportado.*

Ya estoy, señora, rendido.

LA REINA.

Partiréis?

DON GURITÁN.

Sí, partiré.

Aparte.

Dios, fué en hombre convertido,

Y el diablo se ha hecho mujer.

LA REINA, *apuntando á la ventana.*

Listo está el coche de viaje.

DON GURITÁN, *aparte.*

Todo lo había previsto!

Alto.

Señora, no más insisto.

Escribe de prisa una esquila, y terminada, toca una campanilla, y se presenta un paje.

Al conde Garofa, paje,

Aparte.

Á mi regreso, tendrá

Lugar, el duelo empeñado:

Y nadie lo salvará.

Alto.

Señora, humilde criado.

LA REINA.

Adiós!

Don Guritán hace una reverencia, besa la mano de la Reina y váse con el cofre en la mano. Pocos momentos después de haber salido se oye el ruido de un carruaje que se aleja. La Reina se deja caer en un sillón y exclama:

No le matará!

ACTO III.



RUY BLAS.

PERSONAJES.

RUY BLAS
LA REINA.
DON SALUSTIO.
DON MANUEL ARIAS.
EL CONDE DE CAMPOREAL.
EL MARQUÉS DE PREGO.
COVADONGA.
ANTONIO UBILLA.
MONTAZGO.
UN UGIER DE CORTE.
UN PAJE.
CONSEJEROS PRIVADOS.

ACTO TERCERO.

El teatro representa la sala de Gobierno en el palacio de Madrid, con una gran puerta al foro; el ángulo cortado de la derecha está cubierta por un largo tapiz, y en el opuesto se ve una ventana. Á la derecha una mesa cuadrada cubierta por un tapete de terciopelo verde, al rededor de la cual están colocados ocho ó diez taburetes, correspondientes á otros tantos escritorios que se hallan en ella. La parte de la mesa que da frente al espectador, está ocupada por un sitial forrado con tisú, y sobre el cual se ve un dosel del mismo género con las armas de España y la corona real en ellas. Al lado de este asiento, habrá un sillón más bajo. En el momento en que se levanta el telón la *Junta del Despacho Universal* (consejo privado del Rey) va á entrar en sesión.

ESCENA PRIMERA.

DON MANUEL ARIAS, Presidente de Castilla; DON PEDRO VÉLEZ DE GUEVARA, Conde de Camporeal, consejero de capa y espada de la Contaduría Mayor; DON FERNANDO DE CÓRDOBA Y AGUILAR, Marqués de Prego, de la misma clase; ANTONIO UBILLA, Escribano Mayor de Rentas; MONTAZGO, Consejero de toga de la Cámara de Indias; COVADONGA, Secretario Supremo de las Islas. Varios otros consejeros, los cuales están vestidos de togas negras. Los demás en traje de Corte. Camporeal lleva en la capa la Cruz de Calatrava, y Prego el toisón de oro al cuello.

Don Manuel Arias y el Conde de Camporeal, hablan despacio y los demás consejeros forman grupos en distintos puntos de la sala.

- DON MANUEL ARIAS.
Campo Real, esa privanza

Debe ocultar un misterio.

EL CONDE DE CAMPOREAL.

No hay duda : en sólo seis meses
Ministro y Duque de Olmedo.

DON MANUEL ARIAS.

Y el toisón de oro además.

CONDE DE CAMPOREAL.

Alguien lo eleva en secreto.

DON MANUEL ARIAS.

La Reina !

CONDE DE CAMPOREAL.

El Rey, medio loco,
La corona abdica de hecho,
Con la tumba de otra esposa
En el Escorial viviendo.
La Reina es todo.

DON MANUEL ARIAS.

La Reina,
Domina en todo el gobierno,
Como don César en ella.

CONDE DE CAMPOREAL.

Pero á la verdad no creo
Que se vea con la Reina ;
En seis meses que le asecho
He advertido que la huye.
Un domicilio secreto
Junto al palacio de Tormes
Tiene don César. Dos negros
Son sus únicos guardianes,

Y á no ser mudos infero,
Que dirían muchas cosas.

DON MANUEL ARIAS.

Dos mudos! Vaya un misterio!

CONDE DE CAMPOREAL.

Nunca, en el alojamiento
Que tiene en palacio, duerme.

DON MANUEL ARIAS.

Es singular ¡vive el cielo!

UBILLA, *que se había acercado.*

Mas su familia es ilustre.

CONDE DE CAMPOREAL.

Lo singular que hay en esto,
Es ostentar honradez.

A don Manuel Arias.

Es primo,—y tal vez por eso,
El marqués de Santa Cruz
Le presta su valimiento,—
De ese marqués, don Salustio
Que ha un año cayó del puesto.
—El loco más rematado
Que había bajo del cielo
Don César fué en otro tiempo ;
Hombre de gastar capaz
Todo el Perú en un verbo.
No hacía sino cambiar
Coches, queridas, arreos,
Y el día menos pensado

Se encontró sin real y medio.

—Y se eclipsó derrepente.

DON MANUEL ARIAS.

El tiempo, de un loco ha hecho

Un cuerdo.

CONDE DE CAMPOREAL.

Como mujer,

Loca en los años primeros

Se hace beata á la vejez.

UBILLA.

Pero en el fondo lo creo

Próbido.

CONDE DE CAMPOREAL, *riendo*.

Os alucináis

Por un exterior honesto.

En tono significativo, recalcando la voz sobre las cifras que enuncia.

Bien! los gastos de la Reina,

Cuestan al año seiscientos

Sesenta y seis mil ducados.

—Ubilla, á río revuelto

Ganancia de pescadores.

EL MARQUÉS DE PREGO, *aproximándose*.

Sois en verdad indiscretos.

—Mi difunto abuelo, que era

Un cortesano perfecto,

Decía: morder al rey

Y al privado dar un beso.

--Mas de los asuntos públicos

Es bueno nos ocupemos.

Se sientan todos alrededor de la mesa. Los unos toman plumas y los otros hojean papeles; por lo demás, ociosidad general. Momento de silencio.

MONTAZGO, *bajo á Ubilla.*

Sobre el fondo de reliquias

Os pedí, que á mi sobrino,

Para comprar el empleo

De alcalde lo habilitéis.

UBILLA, *bajo.*

Vos el bailiato del Ebro

Prometistes á mi primo

MONTAZGO, *bajo.*

Que será alcalde os prometo.

UBILLA, *bajo.*

Y yo, que será bailío

Vuestro primo.

Se dan las manos.

COVADONGA, *poniéndose de pie.*

Consejeros

De Castilla, es necesario

Arreglar nuestros derechos,

Y hacer nuestras particiones.

De la España los dineros

En cien manos se dispersan,

Lo que es un gran mal, por cierto

Unos, no tienen bastante,

Y otros, tienen lo supérfluo.

Ubilla, tiene el tabaco,
Y el noble marqués de Prego,
Tiene el añil y el almizcle.
Camporeal, tiene el impuesto
Que le dan ocho mil hombres ;
Del oro el quinto por ciento,
La sal, el almojarifazgo,
Y por un aditamento
El ambar y el azabache.

A Montazgo.

Vos que con ojos inquietos
Me miráis así al soslayo,
Tenéis la sisa de nieve ;
Las multas de los plebeyos
Que se apalean ; los naipes ;
El plomo, del mar los diezmos ;
El jacarandá, el latón,
Y también los puertos secos.
—Dadme alguna cosa á mí
Que nada, señores, tengo.

CONDE DE CAMPOREAL, *riendo.*

El demonio es Covadonga!
Tiene lo mejor, y excepto
Las Indias, todas las islas
De ambos mares son su feudo,
Qué garras! con una de ellas
Mayorca, del lado izquierdo,
Y el pico de Tenerife
Con la otra.

COVADONGA, *acalorándose.*

Yo nada tango!

Justo es que algo se me dé.

EL MARQUÉS DE PREGO, *riendo.*

No tiene nada! y los negros.

Todos se ponen de pie á la vez, disputando.

MONTAZGO.

Yo necesito los bosques:

Yo soy quien quejarme debo.

COVADONGA. *al marqués de Prego.*

Dadme él arsénico á mí

Y yo os cederé los negros.

Hace algunos momentos que Ruy Blas ha entrado por la puerta del foro y presencia sin ser visto por ellos la escena de los interlocutores. Está vestido de terciopelo negro, con ferreruelo color escarlata; trae la pluma blanca en el sombrero y el toisón de oro al cuello. Los escucha al principio en silencio: de pronto, se adelanta y aparece en medio de ellos en lo más acalorado de la disputa.

ESCENA SEGUNDA.

LOS MISMOS, RUY BLAS.

RUY BLAS.

Buen provechol (*quitándose el sombrero*).

Todos se vuelven hacia Ruy Blas. Silencio de sorpresa y de inquietud. Ruy Blas se cubre, cruza los brazos, y prosigue mirándolos de frente.

Virtuosos consejeros!

Es así cual cuidáis la real hacienda

Confiada á vuestra guarda, los bolsillos
Llenando sin pudor? Y en qué momentos!
Cuando la España llora agonizante,
Cuando su poderío se desploma,
Venís á despojarla hasta en su tumba!
—Contemplad con vergüenza vuestra obra.—
La España, su virtud y su grandeza,
Todo se va!—Desde Felipe Cuarto,
Portugal y el Brasil hemos perdido,
Sin combatir siquiera. Y en Alsacia,
En el Franco Condado y Luxemburgo,
Steinford y Brisach, sin que nos quede
Al menos una aldea. Ormuz y Goa,
Y el Rosellón; y costas por millares
Se han perdido también; y Pernambuco
Las montañas azules, las ciudades,
Los mares y desiertos, todo, todo,
Se ha perdido. . . . De oriente hasta poniente
La Europa nos desprecia y nos moteja.
Como si nuestro Rey fuese un fantasma
La Holanda y el Inglés, impunemente
Se reparten su reino. Y Roma misma
Os engaña. El Piamonte, país amigo
Ni asilo puede dar á nuestras armas,
Y la Saboya, es toda precipicios.
La Francia espera más propicios días
Para atacaros, y os asecha el Austria.
De Baviera el Infante, ya es sabido,
Que se muere. Y en tanto los virreyes,
El uno á la Sicilia escandaliza,

Otro vende á Milán, y el otro pierde
Todo Flandes, y nada se remedia.
El Estado, Ministros, indigente
Bajo su enorme carga se enflaquece,
Sin tropas, sin dinero. Y en los mares
Donde Dios nos azota con sus iras,
Trescientos buques hemos ya perdido,
Sin contar las galeras. Y vosotros!
Señores, en veinte años,—según cuenta,—
El pueblo miserable y oprimido,
Ciento treinta millones ha sudado
Para vuestros placeres, y aun no os basta!
Qué vergüenza, señores!—Los bandidos
Son los dueños del país, y la escopeta
En cada matorral está apuntada.
Cual si la de los reyes no bastara,
Se hacen guerra conventos y provincias:
Guerra de aventureros desertores
Que incendian las cosechas, y ladrones
Que asaltan al viajero en los caminos;
Guerra entre los vecinos, que famélicos
Se muerden como náufragos rabiosos
En nave que se hunde; y las ruinas
De nuestra iglesia, do la hierva crece,
Habitan las culebras. La Grandeza,
Grande por sus abuelos, no sus obras,
Vive de intrigas, sin lealtad ninguna.
—La España, es albañal de la inmundicia
De las demás naciones.—Los señores,
Pagan para su guarda, espadachines

De Cerdeña, de Flandes y de Génova,
Que hablan cien lenguas. Y Madrid es Babel,
Donde se roba y asesina, y donde
De noche, en vano se demanda auxilio:
Los alguaciles, sólo oído tienen
Para el sonar del oro.—Ayer, yo mismo
Fuí robado en el puente de Toledo.—
—La mitad de Madrid saquea la otra.—
Los jueces son venales; los soldados,
Sin paga están. Antiguos vencedores
Del mundo ¡oh españoles! qué nos queda
De nuestros viejos tercios? Seis mil hombres,
Descalzos, reclutados en la plebe
De judíos, mendigos, montañeses,
Vestidos de un harapo, que en la noche
Trasfórmanse en bandidos, y el mosquito
Truecan por el puñal. Y Matalobos
Tiene más tropas que un barón feudal.
Un ladrón hace guerra al Rey de España!
Los villanos insultan la carroza
De vuestro Rey, que vive amedrentado,
Solo en el Escorial, y entre los muertos
La frente inclina, y mira caer su imperio.
Con su talón la Europa pisotea
Lo que púrpura fué y hoy es andrajo!
Funesto fué este siglo para España:
En ruinas el país, y sus ministros
Se disputan sus restos! El gran pueblo
Que el renombre español hizo famoso,
Y mancilláis vosotros, sin alientos

Se ha tendido á la sombra de su gloria,
Cual león por la lepra devorado!
—Qué haces ¡oh Carlos Quinto! en estos tiempos
De vergüenza y baldón? Sal del sepulcro,
Y ven á contemplar tu vasto imperio,
Compuesto de un montón de otros imperios.
—Los buenos dan lugar á los peores,
Y la nación decae.—Falta tu brazo:
Acórrenos, porque tu España muere,
Desaparece.—El globo que brillaba
En tu diestra profunda, como brilla
El sol resplandeciente, y creer hacía
Que se alzaba en Madrid, como astro muerto
En la sombra se pierde: es una luna,
En tres cuartos menguante, que se achica,
Y borraré la aurora de otros pueblos.
—Tu patrimonio es hoy de mercaderes
La presa vil, que acuñan pesos fuertes
Con tu cetro, que venden por su peso,
Manchando tu esplendor! Y tú, gigante!
Duermes, cuando una turba de pigmeos
De tu manto real cortan jubones;
Y el águila imperial, que tú regías
Cubriendo el mando con ardientes rayos,
Hoy ave desplumada de cocina,
Cuecen hambrientos, en caldero infame!

Los consejeros callan consternados: tan sólo el marqués de Priego y Camporeal, levantan la cabeza y miran á Ruy Blas encolerizados. En seguida, Camporeal, después de hablar bajo con Priego, se dirige á la

mesa, escribe algo en un papel, lo firma y lo hace firmar al marqués.

CONDE DE CAMPOREAL, *señalando al marqués de Priego y entregando el papel á Ruy Blas.*

He aquí la dimisión de nuestros puestos
En nombre de los dos.

RUY BLAS, *friamente, tomando el papel*
Gracias.—Vosotros

Iréis á vuestra casa solariega
Á Camporeal.

Vos á Castilla.

Á Priego.

Y vos á Andalucía.

Á ambos:

Mañana habréis partido.

Los dos señores se inclinan arrogantemente, con el sombrero puesto. Ruy Blas se vuelve hacia los otros consejeros.

El que no quiera

Seguir por mi camino, seguir puede

Á esos señores.

Silencio general. Ruy Blas se sienta á la mesa en una silla de alto respaldar, colocada á la derecha del sillón real, y se ocupa en examinar su correspondencia. Mientras recorre las cartas, Covadonga, Arias y Ubilla cambian algunas palabras en voz baja.

UBILLA, *á Covadonga, señalando á Ruy Blas.*

Covadonga, amigo,

Ya tenemos un amo. Aquese hombre

Grande será.

DON MANUEL ARIAS.

Si acaso tiene tiempo.

COVADONGA.

Y si no pierde visto de muy cerca.

UBILLA.

Un Richelieu será

DON MANUEL ARIAS.

Ó un Olivares!

RUY BLAS, *después de leer con atención una de las cartas que habia abierto.*

Un complot! Ved, señores, que os decía.

Escuchad.

Leyendo:

. . . . "Se prepara una celada
Para plagiar un grande de Madrid."

Examinando la carta.

No dice quien.—Yo velaré.—El escrito

Es anónimo.

Entra un Ugier, que se acerca á Ruy Blas haciendo una profunda reverencia.

Qué hay?

EL UGIER.

Señor, anuncio

A Su Excelencia embajador de Francia.

RUY BLAS.

Ah! d'Harcourt! No recibo en el momento.

EL UGIER, *inclinandose.*

El nuncio del imperio, á vueselencia

En la cámara espera.

RUY BLAS.

Es imposible

El ugier se inclina y váse. Entra un paje, vestido de una librea de color de fuego y galoneada de plata, que se acerca á Ruy Blas en silencio.

RUY BLAS, *notando la presencia del paje.*

Paje! no estoy visible para nadie.

EL PAJE.

El conde Guritán que de Neuburgo
De regreso está ya.

RUY BLAS, *con un gesto de sorpresa.*

Ah! indicadle

Del arrabal la casa: que allí vaya
Á verme de mañana.

Váse el paje. Á los consejeros.

En el consejo

Que trabajar tenemos. Hasta luego.

Vánse todos, saludando respetuosamente á Ruy Blas.

Ruy Blas queda solo, y da algunos pasos como poseído de una meditación profunda. Repentinamente, se descorre el tapiz que cubre el ángulo del salón, y aparece la Reina, vestida de blanco, con la corona en la cabeza: está radiante de contento, y fija en Ruy Blas una mirada de admiración y de respeto: con uno de sus brazos sostiene el tapiz entreabierto, detrás del cual se entrevé una especie de gabinete oscuro, en cuyo fondo se distingue una pequeña puerta. Ruy Blas, al volverse, ve á la Reina y queda como petrificado ante esta aparición.

ESCENA TERCERA.

RUY BLAS, LA REINA.

LA REINA, *desde el fondo del teatro.*

Gracias! habéis hecho bien

En hablar con esos bríos:

Quiero unir los votos míos

Á esa mano tan leal!

Le coje la mano, antes que Ruy Blas tenga tiempo de impedirlo.

RUY BLAS, *aparte.*

Huir de ella seis meses,

Y encontrarla derrepente!

Alto.

Vos, señora!

LA REINA.

Atentamente

Mi alma os escuchaba hablar.

RUY BLAS.

Cómo?

LA REINA.

Felipe Tercero

Ese gabinete hizo:

Desde él, como sombra quiso

Escucharlo todo el rey.

Algunas veces á Carlos

He visto allí taciturno,

En cada consejo diurno

Dejando violar la ley.

RUY BLAS.

Qué decía!

LA REINA.

Nada.

RUY BLAS.

Nada?

Y qué hacía?

LA REINA.

Se iba á caza

Mas vuestra voz que amenaza

Aun la siento resonar.

Por veros, alcé el tapiz :

Vi vuestra altiva mirada,

Sin irritación, clavada

Sobre esa turba desleal.

Mas dónde habéis estudiado

Tal diversidad de objetos?

Dónde, las causas y efectos

De los remedios y el mal?

Por qué habéis hablado ¡oh duque!

Como todo Rey debiera,

Y vuestra palabra era

Terrible cual la de Dios?

RUY BLAS.

Porque os amo! Por salvaros

Salvaría al mundo entero ;

Porque rendido os venero

Y pienso tan sólo en vos,

Cual piensa el ciego en la luz.

Abrigo un sueño sin nombre,
Os amo, cual puede un hombre
Amar una perfección.
Pero os admiro de lejos,
Y no me hubiera atrevido
Á rozar vuestro vestido,
Porque amo en la oscuridad.
Me deslumbráis como un ángel,
—Mucho he sufrido, señora :
Mas todo sea en buen hora !—
Ay! os amo con pasión
—Dije á Vuestra Majestad
Que la amaba !— Qué queréis!
Queréis que muera ? Ahí tenéis
Mi corazón perdonad !

LA REINA.

Continúa ! que jamás
Me han hablado así —te escucho !
Ay! yo necesito mucho
De verte, y oír tu voz.
Era yo la que sufría !
Al verte apartar los ojos. —
Si supieras los enojos
Que en seis meses padecí !—
Tú, mi presencia evitabas !
Temo decir no debiera
RUY BLAS, *que la escucha arrobado.*
Acabad, antes que muera !
Vos llenáis todo mi ser.

LA REINA.

Óyeme.

Alzando los ojos al cielo.

Si esto es vedado,
Sea así.—Despedazado
Te mostraré el corazón.
—Mientras huías de mí,
La Reina á ti te buscaba.—
Allí los días pasaba

Señalando el retrete.

Poseída de admiración.
—Eres cual rey para mí.—
Soy yo la que te he elevado:
Mi mano te ha colocado
En donde debiera Dios.
Te admiro! una flor me diste,
Ahora me das un imperio,
Y yo, desde el cautiverio
Dorado, te busco á ti.
—Te he visto bueno, ahora grande
Te presentas á mi vista,
Y no hay mujer que resista
Á proceder tan gentil.
—Si hago mal ¿por qué me encierran
En mansión tan desolada,
Como un ave aprisionada
Sin esperanza y sin luz?
—Más tarde te contaré
Todas mis tribulaciones:

Yo sufro hasta humillaciones.
Ayer mismo Juzga tú.—
Mi cámara me disgusta,
Y cambiarla he pretendido :
Ni esto se me ha permitido !
Tu ves ; una esclava soy.
Sin duda el cielo te envía
Para salvar al Estado,
Y á ese pueblo desgraciado,
Y amarme, pues sufro yo.
—Hablo sin pensar!

RUY BLAS, *de rodillas.*

Señora!

LA REINA.

César, te entrego mi vida.
Para vos, reina, rendida,
Sólo soy una mujer.
Reinad para todos, Duque :
En tu honor yo me confío
Para respetar el mío,
Al darte mi corazón.
—Tu corazón es valiente,
César ; llena está tu mente
De espíritu sin igual.
Ten orgullo, porque el genio
De tu frente es la corona ;
Más que la de un rey te abona.
Besa á Ruy Blas en la frente.
—Vendré á tu llamado.—Adiós !
Levanta el tapiz y desaparece.

ESCENA CUARTA.

RUY BLAS, solo.

Está como absorto en una contemplación angélica.

El cielo se ha entreabierto ante mis ojos!
Esta es la hora primera de mi vida.
Es un mundo soñado, un paraíso,
Que me inunda de luz. Hora bendita!
En mi, fuera de mi, gozo y misterio,
Potencia y majestad que diviniza,
Y al hombre eleva con orgullo al cielo
En la embriaguez de amor en que respira!
La Reina me ama! es cierto? soy yo mismo?
Soy más que el Rey, pues que la Reina es mía!
Yo deslumbrado estoy!—Feliz triunfante,
Duque de Olmedo, amado con delicia,
Dueño de España, y de mi Reina dueño,
Ángel que adoro y nombro de rodillas!
—Tu palabra me eleva y transfigura;
Llenas mi alma, y en vida me sublimas
Por estrellado cielo en los espacios!
—Soy más que un ser mortal en esta vida!—
—Pero no es ilusión?—No, que me hablaba
De diadema argentífera ceñida
La bellísima sien, y un brazalete
Con águila imperial.—Mi alma la mira,
Y aun pienso oírla hablar, cuando me dijo
Que ella de mí y de mi honor se fia.
—Oh! si es cierto que Dios en sus prodigios

Al animar con el amor al hombre,
Mezcló lo que hace grande y hace bueno,
Por ella amado, nada me intimida
—Yo todopoderoso, gracias á ella,
Con alma pura, de placer henchida
Que envidiaría un rey, y por testigo
Pone á Dios que nos juzga y que nos mira,
En alta voz y sin temor lo digo :
Como reina y mujer, en mí confía :
Fía en mi brazo, y corazón amante
Que es todo tuyo, y que tan sólo anida
Pura leal y leal abnegación constante
Del más profundo amor.—No temas.—Fía!

Pocos momentos antes de terminar Ruy Blas su soliloquio, un hombre ha entrado por la puerta del foro, envuelto en una gran capa y cubierto de un sombrero galoneado de plata; el cual se adelanta lentamente hacia Ruy Blas sin ser visto por él, y en el momento en que éste levanta sus ojos al cielo lleno de felicidad y éxtasis, le pone bruscamente la mano sobre el hombro. Ruy Blas se vuelve como si despertase súbitamente. El embozado deja caer su capa, y Ruy Blas reconoce á don Salustio, vestido con una librea color de fuego semejante á la del paje.

ESCENA QUINTA.

RUY BLAS, DON SALUSTIO.

DON SALUSTIO, *poniendo á Ruy Blas la mano sobre el hombro.*

Buenos días.

RUY BLAS, *azorado*.
Gran Dios! estoy perdido!

DON SALUSTIO.
Apuesto que en mi vuelta no pensabas.

RUY BLAS.
Señor, vuestra llegada repentina
Me sorprende en efecto.

Aparte.

Mi desgracia
Vuelve. Mientras miraba á el ángel de la vida
El demonio venía á mis espaldas.

Se dirige apresuradamente hacia el tapiz que oculta el gabinete secreto, cerrando la puertecilla con cerrojo, y en seguida vuelve trémulo hacia don Salustio.

DON SALUSTIO.
Y bien! decidme cómo os va en la Corte!
RUY BLAS, *mirando fijamente á don Salustio que permanece impasible, mientras él apenas puede concertar sus ideas.*
Esa librea?

DON SALUSTIO.
Me era necesario
De procurarme en el palacio entrada,
Y al efecto tomé vuestra librea,
Que por cierto que mucho que me agrada.
Se cubre mientras Ruy Blas permanece de pie y con la cabeza descubierta.

RUY BLAS.
Temo por vos. . . .

DON SALUSTIO.

Temor! qué disparate!

RUY BLAS.

Estando desterrado. . . .

DON SALUSTIO.

Vaya! vaya!

RUY BLAS.

Si se os reconociese en el palacio. . . .

DON SALUSTIO.

De una corte la gente afortunada

No ha perder su tiempo en acordarse

De un rostro oscurecido en la desgracia!

Y además ¡quién se fija en un lacayo!

Se sienta en un sillón y Ruy Blas permanece de pie.

Á otra cosa.—En la corte qué se pasa?

Es cierto que, con celo algo hiperbólico

Y por los lindos ojos de la caja

De la real hacienda, desterrado

Habéis á Priego, que es grande de España?

Por ventura olvidáis que sois su deudo?

Pues Sandoval su madre se llamaba

Lo mismo que la vuestra, y de oro en campo

Llevan de sable ambas familias banda.

Qué diablos! para hacer cosas como esas

Bueno es dar al blasón una mirada.

Eso no se hace nunca entre parientes.

Por acaso los lobos se devoran

Echándola de apóstoles? Don César,

Abrid los ojos y tened más maña;

Mirad por vos y haced la vista gorda:
Cada cual para sí, y santas pascuas.

RUY BLAS, *reponiéndose un tanto.*

Mas un noble del rey, como lo es Priego,
Al apurar las cargas de la España
Procede mal, cuando nos es preciso
Poner pronto un ejército en campaña:
Es necesario. Moribundo se halla
El príncipe heredero de Baviera.
Aquí el conde Harrach, de la Alemania:
Díjomelo en nombre de su amo.
Así, pues, que la guerra es inmediata
Si el archiduque invoca su derecho.

DON SALUSTIO.

Os ruego que cerréis esa ventana,
El aire me parece un poco frío.

Ruy Blas, pálido de vergüenza y desesperación, trepida un momento; hace luego un esfuerzo sobre sí, y se dirige lentamente á la ventana que cierra; en seguida vuelve á don Salustio, quien sentado en el sillón le sigue con ojo indiferente.

RUY BLAS, *continuando y procurando convencer á don Salustio.*

Dignáos considerar las circunstancias,
Y lo difícil que la guerra se hace;
Que sin dinero no es posible nada;
Que la salud de España sólo pende
De nuestra probidad. Si todo falta,
Por lo que á mí respecta, he contestado
Cual si hubiera un ejército en campaña. . . .

DON SALUSTIO, *interrumpiendo á Ruy Blas y mostrándole un pañuelo que ha dejado caer.*

Dispensad; alcanzadme ese pañuelo.

Ruy Blas trepida un momento, pero luego se inclina, recoge el pañuelo, y lo entrega á don Salustio.

DON SALUSTIO.

Decíais?

RUY BLAS, *violentándose.*

La salud de España exige,
Y el público interés nos lo demanda,
Salvar á nuestro pueblo. Seamos grandes:
Todo pueblo bendice á quien lo salva:
Disipemos las sombras de la intriga,
Y arranquemos su máscara á la infamia!

DON SALUSTIO, *con abandono.*

Eso me huele á mala compañía.—
—Gritar por cualesquiera patarata,
Sólo es propio de necios y pedantes.
Y véamos ¿por qué tal algarada?
Por millón más ó menos cercenado?
No juzguéis á un señor por la canalla:
Vive anchamente.—Os hablo sin rodeos.—
Y hace siempre figura desairada
El que pretende enderezar entuertos,
Lleno de orgullo y con la vista airada.
Bah! si aspiráis á popular renombre,
Y á que se ocupe la parlera fama
De vos, entre plebeyos mercaderes,
Eso es muy viejo ya. Cambiad de marcha.—

El público interés? cuidad del vuestro.
La salud de la España? Una palabra,
Que otros harán sonar mucho más alto.
El aura popular? Muy pobre fama,
La que trueca las onzas por los cuartos.
Vigilar como un perro la real caja,
Ladrando sin cesar? Bonito oficio!
Virtud! fe! probidad! cosas gastadas,
Lentejuelas que el tiempo ha deslucido,
Que desde Carlos Quinto nadie usaba.
Tonto no sois; preciso es que se os cure
De ese achaque:—durante vuestra infancia,
Ya nosotros, con sendos alfileres,
En medio de sonoras carcajadas,
Disipamos toda esa ventolera
Reventando su globo de patrañas.

RUY BLAS.

Sin embargo, señor. . . .

DON SALUSTIO, *con una sonrisa fría.*

Manía rara!

—Pero hablemos de cosas más formales.

En tono breve é imperioso.

Me esperaréis el día de mañana
En la casa que os tengo regalado.

—Mi esperanza va á verse realizada.—

—Os quedaréis tan sólo con los mudos.—

Oculto, del jardín en la enramada

Tendréis una carroza con caballos,

Cual para hacer un viaje preparada.

—Os enviaré el dinero necesario,

RUY BLAS.

Señor, haré lo que mandéis que haga ;
Mas juradme primero, que en todo esto
Por nada entra la Reina.

DON SALUSTIO, *jugueteando con un cuchillo de marfil
medio vuelve la cabeza.*

Qué me agrada !

Y qué os importa á vos ?

RUY BLAS, *trémulo y mirándole con espanto.*

Oh! sois terrible !

Yo tiemblo... Vuestra mano ¡ay Dios! me arrastra
Á un abismo invisible. Yo entreveo
Que meditáis alguna horrible trama. . . .
Tened piedad de mí. . . . fuerza es decirlo. . . .
Yo adoro á esa mujer como á una santa !

DON SALUSTIO, *con frialdad.*

Ya lo sabía yo.

RUY BLAS.

Vos lo sabiais!

DON SALUSTIO.

Pardiez! Pero á qué viene tanta charla?

RUY BLAS, *apoyándose contra la pared para no
caer, y como hablando consigo mismo.*

El cobarde se goza en mi tortura!

Levantando los ojos al cielo.

Mi Dios! que ves al fondo de mi alma

Y me ponéis á prueba ¡sed piadoso!

DON SALUSTIO.

Por ventura soñáis?—Qué extravagancia!

Os tomáis muy en serio amigo mío.
—Oidme bien.—Hacia un fin que sólo alcanza
Mi vista á penetrar, me acerco al cabo :
Obedeced, que es cosa lisa y llana.
De vuestro bien me ocupo; ya os lo he dicho.
Las tristezas de amor, muy pronto pasan,
Se trata de la suerte de un imperio.
Qué es el vuestro á su lado? Pues es nada!
Tened de comprender el buen sentido,
Ya que quiero explicarme: en vuestra escala
Permaneced. Soy bueno ¡mas qué diablos!
Un lacayo de arcilla negra ó blanca,
Es un vaso en que vierto mi capricho.
De vosotros, aquello que le cuadra
Haced vuestro amo, según fines propios,
Y os disfrazo ó la máscara os arranca.
—Yo os hice gran señor.—Por el momento,
No lo olvidéis,—es un papel de farsa,
Cuyo traje lleváis cual criado mío;
Y como si subiérais á la zaga
De mi coche, á la reina cortejáis.
Sed prudente.

RUY BLAS, *que ha escuchado desatentado y como
no dando crédito á sus oídos.*

Mí Dios! qué horrible falta
Castigáis vos en mí! cuál es mi crimen?
Vos que sois nuestro padre, ved mis ansias,
Ved adónde he llegado sin delito,
Para asistir á la tortura bárbara
De una víctima débil, solamente!

Señor, me habéis envuelto en una trama
Para torcer mi corazón amante
Y exprimir en su daño la venganza!

Como hablando consigo mismo.

Por qué es una venganza! es indudable!
Y la Reina se encuentra amenazada!
Qué es lo que debo hacer? Decirle todo?
Pero causarle horror y repugnancia,
Ser para ella un hombre envilecido!
—Oh, no, jamás!—Mi mente se anonada.

Pausa: medita.

Oh cielos! ved las cosas que se hacen!
Construir entre las sombras una máquina,
Armarla de mil ruedas destructoras,
Y en la muela arrojar para ensayarla,
Un criado, una librea, alguna cosa;
Luego hacerla mover, y triturada
Ver salir una masa palpitante,
Una cabeza rota, ensangrentada,
Y un tibio corazón... y no inmutarse,
Cuando á pesar del nombre, al fin se halla,
La envoltura de un hombre en un lacayo!

Volviéndose á don Salustio.

Pero aun es tiempo, la terrible máquina
No se halla todavia en movimiento!

Se arroja á sus pies.

Piedad por mí! por ella! gracia! gracia!
Bien sabéis que yo soy un fiel criado.
Á todo me someto; más libradla!

DON SALUSTIO.

Nunca comprenderá sus conveniencias.

—Este hombre me impacienta.

RUY BLAS, *arrastrándose á sus pies.*

Gracia! gracia!

DON SALUSTIO.

Señor mío, acabemos.

Se vuelve hacia la ventana.

Qué frío hace!

Mal cerrasteis, apuesto, la ventana.

Va á la ventana y la ajusta.

RUY BLAS, *irguiéndose.*

Esto es ya demasiado!—Soy, miradme,
Duque de Olmedo y árbitro de España,
Y bajo el pie de hierro que me oprime,
Levanto mi cabeza.

DON SALUSTIO.

Y cómo habla!

Cómo dijisteis? repetid la frase.

Ruy Blas, duque de Olmedo? brava farsa!

Sobre Bazán está ingertado Olmedo.

RUY BLAS.

Os haré detener.

DON SALUSTIO.

Y yo la máscara

Os quitaré.

RUY BLAS, *exasperado.*

Pero....

DON SALUSTIO.

Acusarme vos ?

Ya todo lo he previsto.—Están jugadas
En la partida nuestras dos cabezas.
Bien veis que la victoria será cara.

RUY BLAS.

Todo lo negaré!

DON SALUSTIO.

Bah! sois un niño!

RUY BLAS.

Os faltan pruebas.

DON SALUSTIO.

Y memoria os falta.

Yo, lo que digo, lo hago, podéis creerlo.
Vos sois el guante que mi mano calza.

Con voz sorda, y acercándose á Ruy Blas.

Si tú no me obedeces, si descuidas
Mis órdenes el día de mañana ;
Si haces un solo gesto que me venda,
Si pronuncias tan sólo una palabra ;
La mujer por quien temes, al momento
Se verá por las calles difamada.
Y luego,—esto no es nada misterioso,—
Llegará hasta sus manos una carta,
Escrita, por quien tú conoces mucho,
Y por quien, bien lo sabes, rubricada,
He aquí lo que leerá: escucha atento.

“Yo Ruy Blas, que soy lacayo

“Del señor marqués Finlás,

“Me comprometo á servirle .

“Como criado muy leal. . . .”

RUY BLAS, *vencido y con voz apagada.*

Haré lo que queráis, señor.—Ya basta!

Las puertas del foro se abren y aparecen los miembros del Consejo privado. Don Salustio se envuelve precipitadamente en su capa.

DON SALUSTIO, *bajo.*

Vienen!

Saluda profundamente á Ruy Blas, y le dice en alta voz:

Señor, soy vuestro humilde criado.

Váse.

ACTO IV.



DON CÉSAR.

PERSONAJES.

RUY BLAS
DON CÉSAR.
DON SALUSTIO.
DON GURITÁN.
UN LACAYO.
UNA DUEÑA.
UN PAJE.
UN ALCALDE.
ALGUACILES.

ACTO CUARTO.

Una pequeña cámara suntuosa y sombría. Artesonado dorado y muebles de estilo antiguo: las paredes colgadas de terciopelo carmesí. Al fondo una puerta de dos hojas. Á la izquierda una grande chimenea esculpida, del tiempo de Felipe II, blasonada. Al lado opuesto, una pequeña puerta baja, que da á un gabinete oscuro y aislado; una sola ventana á la izquierda, situada en la parte alta, y con rejas de fierro como en las prisiones. Algunos retratos ahumados y medio borrados, colgados de la pared. Un cofre guardaro-pa con espejo de Venecia. Grandes sitios del tiempo de Felipe III. Un armario muy ornamentado adosado á la pared. Una mesa cuadrada con recado de escribir. Un pequeño velador redondo de pies dorados en un rincón. Es de mañana.

Al levantarse el telón, Ruy Blas aparece vestido de negro, sin ferruero y sin el toisón de oro; se pasea por la cámara á grandes pasos, vivamente agitado. Al fondo se ve un paje que permanece inmóvil y como esperando sus órdenes.

ESCENA PRIMERA.

RUY BLAS, EL PAJE.

RUY BLAS, *aparte y hablando consigo mismo.*
Qué hacer?—Ella ante todo! Ella, tan sólo!
Aunque estelle en un muro mi cabeza,
Ó suba á la horca ó al infierno baje!
Es preciso salvarla!—sí! mas cómo?
Darle mi corazón, mi alma, mi sangre,
Eso no es nada! Mas romper la trama,
Adivinar lo que combina ese hombre
Que sale de la sombra que lo oculta,

Y qué es lo que hace allí cómo saberlo?
—Le he rogado por mí! esto es cobarde!
Y fué una insensatez: no tiene entrañas.
—Ocúrreme se trata de un agravio
De antigua data.—Y suponer que pueda
Esa bestia feroz, ese demonio
Dejar la presa que en sus garras tiene,
Por un lacayo, de piedad movido!
—Pero debes salvarla, miserable!
Tú la has perdido: debes tú salvarla!
—Esto acabó: he caído de lo alto!
Tan abajo! He soñado? Á todo trance
Quiero salvarla, sí! Pero ese hombre,
Ese traidor, que es dueño de mi vida,
Y el amo de la casa, vendrá luego.
Por qué puerta secreta ó subterráneo?
Ah! no lo sé, porque él lo puede todo;
Tiene las llaves; puede cuando quiera
Caminar sobre el suelo y sobre mí,
—Esto es lo que soñaba!—La fortuna
Perturba las cabezas en sus giros.—
Loco estoy; sin ideas ni designios.
Mi razón en revuelto torbellino
Se agita entre la cólera y el miedo,
Cual pobre junco que huracán retuerce!
Qué hacer? Pensemos.—Ante todo, que ella
No salga de palacio.—Ahí está el lazo.—
Bien lo comprendo, pero nada veo:
Todo es oscuridad en torno mío.—
—Impidamos que salga de palacio.—

Cómo? por quién? No sé de quién valerme?

Medita con desaliento: repentinamente, como poseído de una idea súbita y alumbrado por una luz de esperanza, levanta la cabeza.

Don Guritán la ama, y es un hombre

De probada lealtad.

Hace señas al paje que se acerque, y le habla en voz baja.

Paje, al instante

De Oñate al conde procurad, y dadle

Excusas de mi parte, y prevenidle,

Que sin perder momentos, á la Reina

Suplique no se ausente de palacio

Durante la semana. Corre!

Llamando al paje que se aleja.

Escucha.

Saca de su cartera un lápiz y un papel.

Que vele, y dé á la Reina este billete.

Escribe rápidamente sobre la rodilla.

“Fiad en don Guritán y su consejo!”

Dobla el papel y lo entrega al paje.

Respecto al duelo, le diréis, que tiene

Toda razón, y que disculpa pido;

Que presente mi súplica á la Reina;

Que he de satisfacerle plenamente.

Decidle, que la Reina está en peligro,

Que le impida salir estos tres días.

¿Has comprendido bien?

EL PAJE.

Perfectamente;

Y descuidad. (*Váse*).

RUY BLAS; *solo.*

Mi espíritu se calma :

Empero, como en sòmbra de locura,
Entreveo las cosas olvidadas.

—Este medio es seguro ; pero qué hago

De mi? Debo esperar á don Salustio?

Para qué? No hay espera. La tardanza.

Me hará perder el día. Iré á la iglesia.

Para pedir que el cielo me ilumine!

Toma su sombrero y hace sonar una campanilla que está sobre la mesa. Aparecen por la puerta del fondo dos negros vestidos de brocato verde claro y oro.

Voy á salir.—Ha de venir un hombre

Por escusada entrada. Dejaréisle

Hacer lo que le plazca cual si fuera

Amo de casa. Y si viniesen otros. . . .

Después de un momento de trepidación.

Les dejaréis entrar.

Despide con un gesto á los negros, que se inclinan en señal de obediencia, y vánse.

Vamos ahora.

Váse.

En el momento de cerrarse la puerta tras de Ruy Blas, se oye un gran ruido en la chimenea, y por ella se ve repentinamente caer un hombre envuelto en una capa andrajosa, que se precipita á la cámara. Es don César.

ESCENA SEGUNDA.

DON CESAR, *asustado, sofocado, aturdido, con una expresión de contento á la vez.*

Dispensad! que voy de paso.

Se levanta del suelo frotándose la pierna sobre que ha caído, y se adelanta á la escena, haciendo reverencias con el sombrero en la mano.

Continuad: corrientemente,
Entro un poco bruscamente,
Y en verdad, me pesa el caso.

Se detiene en medio de la escena, y advierte que se halla solo.

Escuchando desde el techo
Que conversaban pensé;
Pero, nadie! Vaya que
He recorrido buen trecho!

Sentándose en un sillón.

Recapitulemos.—Buena
La soledad es, á efecto.
—Cual perro mojado, inquieto,
Que se revuelve en la arena
Me encuentro.—Los alguaciles
Me han tenido entre sus garras.—
Y aquel embarque de marras,
Y aquellos piratas viles
Que á una ciudad me llevaron,
Donde una amarilla mora
De mi tanto se enamora....
Y lo bien que me zurraron!

Y mis viajes, mis percances,
Mi escapada tan extraña,
Y mi regreso hasta España,
Y mil intrincados lances!
¡Si es un cuento! El mismo día
Que llego aquí, los garduñas
Me quieren echar las uñas,
Vaya una rara manía!
Corro; el susto me espolea,
Busco en un techo guarida,
Y en desaforada huída
Caigo en una chimenea,
Con mi capa hecha pedazos!
Ah! don Salustio es un tuno!

Mirándose al espejo del cofre guardaropa.

Y mi jubón! . . . Que importuno
Este dolor de los brazos!
Bien me molesta á fe mía!

Se rasca la pierna y los brazos, mirando hacia la chimenea, se quita la capa y ve reflejado en el espejo su jubón rosado, lleno de remiendos.

Y la pierna que me escuece.

Abre los cajones del cofre guardaropa: en uno de ellos encuentra un ferreruelo de terciopelo verde claro, bordado de oro: es el mismo dado por don Salustio á Ruy Blas: lo examina y compara con el suyo.

Esta capa me parece

Mas decente que la mía.

Se pone el ferreruelo y pone su capa en su lugar dentro del cofre, después de doblarla con cuidado, co-

locando encima su sombrero viejo, y cierre el cajón. Se pasea con garbo, con el ferreruelo puesto.

En fin, á Madrid llegado.
Ahora, yo me vengaré,
Os lo juro, primo, á fe. . . .
—Después de haber almorzado.—
He de ir hasta vuestra casa
Con mi nombre de hidalguía,
Seguido de una jauría
De lebreles que os den caza;
Incluso mis acreedores.

Ve en un rincón un magnífico par de botas con guarniciones de encaje: se quita sus zapatos viejos y se calza las botas nuevas.

Dónde esta casa se encuentra?
Examinando la cámara por todos lados.

Es bastante misteriosa.
Es una casa curiosa
Donde por arriba se entra,
Como el vino en las botellas.

Suspirando.

Ah! que bueno es el buen vino!

Se fija en la pequeña puerta de la derecha, la abre, se introduce al gabinete con el cual comunica; y luego vuelve á la escena haciendo gesto de asombro.

Vamos que yo pierdo el tinō!
Todo se vuelve botellas!
Es un cuarto sin salida,
Y oscuro además ¿qué es esto?
Pero, que me importa el resto

Si encuentro buena guarida..

Vuelve á arrellanarse en el sillón; bosteza, y se pone de pie en seguida.

Me siento un poco aburrido.

Advierte una alacena practicada en la pared de la izquierda.

Veamos esta biblioteca.

La abre, y se encuentra con una repostoria bien provista.

Bueno! pastel y albudeca,

Y vino, muy bien surtido:

No está tan mala la cosa.

Examina las botellas, unas despues de otras.

Son libros de tomo y lomo!

Aproxima la pequeña mesa redonda, la coloca en medio del proscenio, y la cubre alegremente de todo lo que contiene la reposteria, botellas, platos, etc., agrega un vaso, un tenedor, etc., en seguida toma una de las botellas.

Leamos primero este tomo,

Llena el vaso y lo bebe de un trago.

Esta es una obra famosa,

De ese poeta admirable

Que don Sol tiene por nombre.

Se sienta y apura otro vaso.

No hay un libro para el hombre

Que sea más agradable:

Su espíritu me consuela.

Bebe otra vez: en seguida ataca al pastel.

Comamos.—Con mis ardiles

Derroté los alguaciles.

—Qué bien el pastel se cuele!—
En cuanto al dueño de casa,
Si llegare, le convido

*Va á la reposteria y trae otro vaso y otro cubierto
que coloca en la mesa.*

Pero, si soy despedido?
—Vamos! comamos sin tasa.—

Come apresuradamente.

Ya comí, veamos ahora
Lo que encierra esta mansión,
Donde he caído de rondón,
Y que me brinda en buenhora
Tan franca hospitalidad.

Se arrodilla y rodea la mesa con sus brazos.

Bendigamos á sus lares;
Abrazando sus altares
Como allá en la antigüedad.

Bebe.

—El que tiene tan buen vino
No puede ser un mal hombre.
—Si viniere, doy mi nombre.—
Cómo se pondrá mohino
Mi primo, cuando le digan,
Que César Bazán se encuentra
En la corte, y que se entra
Por sus puertas!—“Lo maldigan
Los diablos! dirá furioso.
“¿Qué acaso no había muerto?”
Ah! por fortuna no es cierto,

Bien que algo menesteroso.

Ruido á la puerta.

Ya vienen! me van á echar,

Como á un pobre perdulario!

Qué me importa!—Es necesario

Don César, el resto echar.

Se emboza en el ferreruelo hasta los ojos. Abrese la puerta del foro, y aparece un lacayo con librea llevando al hombro un pesado talego.

ESCENA TERCERA.

DON CÉSAR, UN LACAYO.

DON CESAR, *midiendo al lacayo de pies á cabeza.*

Ea, amigo! que buscáis.

(Aparte). Aquí de todo mi aplomo!

EL LACAYO.

Á don César de Bazán.

DON CÉSAR, *aparte.*

Pero esto es maravilloso!

Descmbozándose.

Don César: ese soy yo.

EL LACAYO.

Sois don César?

DON CÉSAR.

Pardiez! otro

No pienso que haya! Yo mismo!

EL LACAYO, *poniendo el talego sobre una silla.*

Contad, y ved si está todo.

DON CÉSAR, *como deslumbrado, aparte.*

Esta es buena!

Alto.

Amigo mío. . . .

EL LACAYO.

Esta es la plata y el oro
Que tengo encargo de daros.

DON CÉSAR, *con gravedad.*

Ya comprendo. . . .

(Aparte). Vaya un modo!

Lléveme el diablo si entiendo;

Pero va bien el negocio;

No le echemos á perder.

Alto.

Queréis un recibo?

EL LACAYO.

Todo

Lo ordenado, es entregar.

DON CÉSAR.

Ponedle ahí. . . . a propósito;

Quién lo manda?

EL LACAYO.

Bien sabéis. . . .

DON CÉSAR.

Sin duda!

(Aparte). Me vuelvo un topo!

(Alto). Pero. . . .

EL LACAYO.

Y muy bien conocéis.

DON CÉSAR.

Ah sí!

EL LACAYO.

Y no es eso todo:

Y para lo que sabéis.

Chitón! y mucha reserva,

Recomienda sobre todo.

DON CÉSAR.

Magnífica frase! cómo?

Repetídmela.

EL LACAYO.

De parte

De quien sabéis.

DON CÉSAR.

Sí. . . .

EL LACAYO.

Y lo otro:

Para lo que vos sabéis.

DON CÉSAR.

Y reserva sobre todo?

EL LACAYO.

Sobre todo, gran reserva.

DON CÉSAR.

Esto es claro! (*aparte*) como un pozo!

EL LACAYO.

Yo obedezco: en lo demás

Nada comprendo.

DON CÉSAR.

Eso es obvio.

EL LACAYO.

Mas vos comprendéis.

DON CÉSAR.

Ya! ya!

EL LACAYO.

Esto me basta.

DON CESAR.

Pues cómo!

Sí comprendo, amigo mío,
Puesto que soy el que tomo:
Esto es claro como el agua,
Y que se bebe de un sorbo.

EL LACAYO.

Chito!

DON CESAR.

Chitón!

EL LACAYO.

Pues contad.

DON CESAR.

Por quién me tomas? mil votos!

Admirando lo repleto del talego, que coloca sobre la mesa.

Oh! qué vientre tan repleto!

EL LACAYO.

Pero....

DON CESAR.

Pareces buen mozo.

Me fio en ti.

EL LACAYO.

Son doblones

De buena ley : plata y oro.

Don César abre el talego y saca de él varios sacos más pequeños llenos de plata y oro, que va vaciando sucesivamente sobre la mesa con admiración; en seguida empieza á coger puñados de oro y á echárselos á los bolsillos.

DON CESAR, *aparte, interrumpiéndose con majestad.*

Vaya un caso singular,

Con que mi cuento corono!

Echándose más oro á los bolsillos.

Tengo el galeón de las Indias !

Un verdadero tesoro.

Sigue llenándose sucesivamente todos sus bolsillos, y parece haberse olvidado del lacayo.

EL LACAYO.

Vuestras órdenes aguardo.

DON CESAR.

Para qué !

EL LACAYO.

Para en un todo

Ejecutar sin demora

Lo que sabéis

DON CESAR.

No eres bobo!

EL LACAYO.

Y que yo no sé. Muy grandes
Intereses. . . .

DON CESAR.

Sí! famosos!

EL LACAYO.

Repito lo que me han dicho:
Que es urgente.

DON CÉSAR, *golpeándole el hombro.*

Lo conozco.

—Gracias, servidor fiel.—

Mucho me gusta tu modo.

EL LACAYO.

Mi amo me encarga os ayude.

DON CESAR, *aparte.*

Qué será?

(*Alto*). Eso es muy cóngruo.

(*Aparte*). Maldito si sé qué hacer

(*Alto*). Acércate.

Llena de vino el otro vaso.

Bebe esotro.

EL LACAYO.

Qué! yo señor. . . .

DON CESAR.

Bebe eso.

El lacayo bebe, y don César vuelve á llenarle el vaso.

Cuida al levantar el codo,
Que es un vino de Oropesa.

Ahora conversemos.

(*Aparte*). Noto

Que el vinillo le hace efecto.

Alto, y repantigándose en el sillón.

Dime ¿sabes lo que somos?

Pues! el hombre es humo vano,

Que sale como de un horno

Del fuego de las pasiones.

Le sirve más vino.

—Vaya! todo esto es muy soso.—

Tal cual en la chimenea

Sube el humo; de otro modo

Á la inversa baja el hombre. . . .

(*Aparte*). Yo testigo. (*Se frota la pierna*).

(*Alto*). Como un plomo.

Llena los dos vasos.

Bebamos, que vale más

Que todo aquesse tesoro

De un borracho la canción.

Acercándose al lacayo con aire misterioso.

Pero seamos cautelosos:

Se puede el eje quebrar

Si se recarga, y es obvio,

Que una pared sin cimiento

Se viene al suelo.—Ven, pronto,

Arréglame el cuello.

EL LACAYO, *con arrogancia.*

Como

No soy ayuda de cámara,

Llamaré,

DON CESAR.

Llama! yo estoy
Perdido! me van á echar!

Entra uno de los negros. Don César muy agitado se vuelve al lado opuesto, como no sabiendo qué hacer.

EL LACAYO, *al negro.*
El cuello de Sueselencia,
Arreglad.

El negro se acerca con gravedad, arregla el broche del cuello del ferreruelo, saluda y váse, dejando á don César estupefacto.

DON CESAR, *aparte, poniéndose de pie.*

Es un embrollo!

Se adelanta al primer término del proscenio, y se pasea á grandes pasos.

En casa de Belzebut
Estar debo ¡qué demonio!
En el tomar no hay engaño;
De este dinero dispongo,
Pero ¿qué diablos hacer?

Volviéndose hacia el lacayo, que estará sentado á la mesa, y continúa bebiendo, empezando á bambolear en la silla.

Se me ocurre. . . .

Meditando, aparte.

Pues supongo
Que pague á mis acreedores!
Es echar agua en un pozo
Y regar muy feas flores.

Está visto! si no hay como
Tener dinero, pues luego
El hombre se vuelve tonto,
Y que se corrompe, aun siendo
De Aníbal deudo. Qué colmo!
Pues yo pagar lo que debo!
Qué se diría?

EL LACAYO, *apurando su vaso.*
Qué ordena,
Vueselencia?

DON CESAR.

(*Aparte*). Sí! ya! ya!

Alto.

— Sigue bebiendo, entretanto
Que lo voy á meditar.

El lacayo sigue bebiendo: don César continúa paseándose; derrepente, se golpea la frente como si hubiese encontrado una idea. Dirigiéndose al lacayo.

Llena tus bolsillos de oro.

El lacayo se levanta bamboleando, y llena sus bolsillos de oro: don César le ayuda, y continúa hablando.

Escucha! en seguida irás
Hasta la Plaza Mayor,
Y allí tienes de encontrar,
Una casa muy estrecha
Pero hermosa casa ¡bah!
Que lleva el número nueve;
Por más señas, que has de hallar,
Un papel en vez de vidrio.

EL LACAYO.

Casa tuerta?

'DON CESAR.

Que no, tal!

Es sólo vizca.—Cuidad,
Que al trepar por la escalera.
Bien te puedes estropear.

EL LACAYO.

Una escala?

DON CESAR.

Cuasi, cuasi.

Allí una bella verás,
De cabellos encrespados,
Retacona; en lo demás
Muy guapa, aunque tira á roja;
En fin, es una beldad!
Trátala con gran respeto,
Porque es mi querida ¿estás?
Lucinda, de ojos azules
Que antes fué rubia, y bailar
Pudo ante el papa, un fandango.
—Cien ducados le darás.—
En un cuartocho de al lado,
Verás un gran perillán,
Con la nariz colorada,
Y á manera de antifaz
Encasquetado un sombrero
Muy viejo, del que además
Cuelga un penacho que llora,

Con un espadón al cinto :
—Seis pesos le has de entregar.—
Mas lejos, en una cueva,
Negra como horno, hallarás
Una especie de taberna,
Y un hombre al pie del umbral,
Que bebe y fuma. Es un hombre
Que no echa votos jamás ;
Muy bueno, muy elegante,
Y por seña principal,
Se llama don Gualatromba.
—Treinta escudos le darás.—
Y dile que se los beba
Á mi salud.—Además,
Si hay por allí otros bribones,
Pórtate con caridad,

EL LACAYO.

Y después?

DON CESAR.

Guárdate el resto.

—Por fin, para terminar. . . .

EL LACAYO.

Qué me ordena Vueselencia?

DON CESAR.

Que te vayas á embriagar :
Rompe todas las botellas,
Y á tu amo cuenta darás
Mañana.

EL LACAYO.

Príncipe, basta.

Se dirige hacia la puerta haciendo zig zags.

DON CESAR, *mirándole caminar.*

Como una cuba se va!

Llama al lacayo: éste vuelve.

Te han de seguir los ociosos;

Tente firme ¡voto á tal!

Compórtate como debes,

Y si por casualidad

Se te caen unos escudos,

Déjalos caer nomás;

Y si algunos los recogen,

Déjaselos embolsar.

Y si hasta la faltriquera

Llegaren á registrar,

Sé indulgente, que son hombres

Como nosotros. Verás,

Que en este mundo tan triste

Bueno es el contento dar.

Con melancolía.

Un día serán ahorcados!

Trátamelos con bondad.

Váse el lacayo. Don César queda solo; apoya los codos sobre la mesa, y parece sumido en profundas reflexiones.

Es el deber de un cristiano

La riqueza bien emplear.

—Ya tengo para ocho días.—

Si algo quedase además,

Lo emplearé en obras piadosas.
Pero, quien sabe! quizás,
Este, es algún *quid pro quo*,
Y va á volar el caudal.

La puerta del foro vuelve á abrirse, y aparece una dueña velada, de cabeza entrecana, con abanico, basquiña y mantilla negra.

· ESCENA CUARTA.

DON CÉSAR, UNA DUEÑA.

LA DUEÑA, *desde el umbral de la puerta.*

Don César Bazán!

DON CÉSAR, *aparte.*

Ya escampa!

—Una hembra!

Mientras que la dueña hace una reverencia desde el fondo del teatro, don César se adelanta al proscenio.

Yo apostaría,
Que don Salustio, y su cara
De vinagre, se aparece
Derrepente.

(*Alto*). Dueña cara,
Yo soy don César Bazán ;
Qué me queréis ?

(*Aparte*). La tarasca,
Puede anunciar una bella.

LA DUEÑA, *hace una reverencia, persignándose.*

Os saludo con el alma,
Hoy que es día de vigilia,

Y que de Jesús la gracia,
Que todo puede, os ampare.

DON CESAR, *aparte*.

Siempre por amor acaba
Lo que con rezos comienza,

Alto.

Que así sea!

LA DUEÑA.

Que en su santa
Guarda os conserve el Señor!

Misteriosamente.

Habéis á una noble dama
Dado una cita esta noche?

DON CESAR.

Pardiez! que soy muy capaz.

LA DUEÑA, *sacando del guardainfante un billete cerrado que presenta, pero sin entregarlo.*

Muy discreto! vaya! vaya!
—Pero sois vos quien ha escrito
Esta misiva á la dama,
Que bien sabéis, y os distingue
Con su amor.

DON CESAR.

Debo ser yo.

LA DUEÑA.

Pero como ella es casada,
Tiene un barbón que la cela,
—Vos sabéis de quien se trata,

Aunque yo no la conozca.—
La doncella, que es muy guapa,
Me ha contado todo á punto,
Como cosa reservada
Sin dar nombre.

DON CESAR.

Salvo el mío.

LA DUEÑA.

Por supuesto.—Es cosa llana:
Una cita misteriosa
Del amigo de su alma;
Pero se recela un lazo.
Y para ponerse en guarda,
Me encargan que confirméis
Vuestro mensaje.

DON CESAR, *aparte*.

Me pasma!

Cuánto enredo en un papel.

Alto.

Si, soy yo.

LA DUEÑA, *poniendo el billete doblado sobre la mesa, que don César examina con curiosidad.*

Una palabra,

Venid, tan sólo poned

Al respaldo de esta carta;

Pero no de vuestra letra.

DON CESAR.

Convenido.

Extiende la mano para coger la carta; pero ha sido resellada, y la dueña no la deja tocar.

LA DUEÑA.

Idos con pausa.

Bien conoceréis el sobre.

DON CESAR.

Pardiez !

(*Aparte*). Yo que tanto ansiaba

Saber . . . mas representemos

Nuestro papel.

Toca la campanilla y se presenta uno de los negros.

Sabes escribir ?

El negro hace una señal de cabeza afirmativa. Sorpresa de don César.

Por señas !

Eres mudo, buena maula ?

El negro hace otro movimiento afirmativo. Nueva estupefacción de don César.

Bien ! ahora mudos tenemos !

Al mudo, indicándole la carta que la dueña mantiene siempre sobre la mesa, apretándola con la mano.

Escribe : *Venid.*

El mudo escribe. Don César hace señas á la dueña para que recoja la carta, y al mudo de que se retire, el cual obedece.

(*Aparte*). Qué gracia !

Cómo obedece !

LA DUEÑA, *volviendo á ocultar el billete en su guardainfante y acercándose á don César.*

Veréísla

Aquesta noche. ¿Es muy guapa ?

DON CESAR.

Es divina!

LA DUEÑA.

La doncella,
Que también es muy salada,
Con un rostro angelical
Y un ojo de endemoniada,
Me habló durante el sermón.
¡En cosas de amor, es sabia!

DON CESAR, *aparte*.

Bastárame la doncella!

LA DUEÑA.

Lo feo, lo bello espanta,
Y como el amo y criado
Y el esclavo y la sultana,
Á juzgar por la doncella,
Debe de ser vuestra dama
Muy donosa.

DON CESAR.

Ya lo creo!

LA DUEÑA, *haciendo una reverencia en disposición de retirarse*.

Os beso la mano.

DON CESAR, *dando á la dueña un puñado de doblones*.

Vaya

Ese unto para la mano.

LA DUEÑA, *guardando el dinero.*
La juventud de hoy en día
Es muy alegre.

DON CESAR, *despidiéndola.*

Bien, basta.

LA DUEÑA, *haciendo reverencias.*
Yo me llamo doña Oliva,
Y en cualquiera circunstancia,
Soy toda vuestra. En la iglesia
De San Isidro, á la entrada,
Junto del tercer pilar,
Estoy siempre.

Don César, la despide con impaciencia. Salida falsa de la dueña, que abre la puerta otra vez, y reaparece.

Vuestra dama
Veréis esta noche. Dadme
Una de vuestras plegarias.

DON CESAR, *despidiéndola enfadado*

Al diablo!

La dueña desaparece, y la puerta vuelve á cerrarse.

DON CESAR, *solo.*

Bah! pecho al agua!

Estoy en la luna: nada
Puede asombrarme. Heme aquí,
Con que poder, á mis anchas
Sacar vientre de mal año.

Recapacitando.

Buen principio! pero guarda

¿Cómo acabará todo esto?

La puerta del fondo se abre, y aparece don Guritán con dos largas espadas desnudas debajo del brazo.

ESCENA QUINTA.

DON CÉSAR, DON GURITÁN.

DON GURITÁN, *desde el fondo del teatro.*

Don César de Bazán!

DON CESAR, *se vuelve y ve á don Guritán con las dos espadas.*

En horabuena!

La aventura por cierto que es amena!

Vino, dinero, cita, y un cartel!

—Soy don César Bazán pintiparado.

Se acerca con alegre desparpajo á don Guritán, deshaciéndose en reverencias. Don Guritán que le mira con ojo inquieto, se adelanta tieso y con paso mesurado al frente del proscenio.

Estáis en vuestra casa, sin cuidado

Entrad y conversemos, que aquí es.

Mucho me place el veros. ¿Qué se dice

En Madrid? Nada se. Ay infelice!

Del que se ausenta de la Villa real!

Decidme. Se habla mucho de ladrones?

Mas temo á las que roban corazones.

Que á los que hurtan de doblas un caudal.

Las mujeres, señor, son el demonio,

Capaces de tentar á San Antonio,

Y yo las tengo en mucha devoción.

Habladme de ellas, dadme sus noticias,
Y de antemano recibid albricias,
Que estoy desorientado ¡vive Dios!
Me encuentro entre los vivos, y estoy muerto;
De Castilla la Vieja,—esto es lo cierto,—
Soy hidalgo sin olla ni solar.
Vengo de tierras muy extravagantes,
Y extravié en el camino hasta mis guantes.

DON GURITÁN.

Vos venis? pues yo llego!

DON CESAR.

De qué mar

Ó de qué lüengas tierras?

DON GURITÁN.

Desde el norte.

DON CESAR.

Y yo del medio día. (*Aparte*). Vaya un porte!

DON GURITÁN.

Furioso estoy.

DON CESAR.

Yo á punto de rabiarse!

DON GURITÁN.

Más de mil leguas hice de carrera!

DON CESAR.

Y yo dos mil! He visto la hechicera

Mujer azul y rostro de azafrán;

Á la verde, á la negra que florece

En Tunes y en Argel, en donde vése

Tanto moro colgado á su portal.

DON GURITÁN.

Se han burlado de mí!

DON CESAR.

Y á mí vendido!

DON GURITÁN.

Casi me han desterrado!

DON CESAR.

Á mí prendido,

Y casi me han ahorcado!

DON GURITÁN.

Qué irrisión!

Se me envía á Neuburgo; vaya un viaje!

Llevando en una caja este mensaje:

“Aquese viejo loco retened!”

DON CESAR, *soltando la risa.*

Vaya, pues! mas decid quién hizo eso?

DON GURITÁN.

Mas ¡vive Dios! que torceré el pescuezo

Á ese César Bazán!

DON CESAR, *con gravedad.*

Eh! eh! qué! qué!

DON GURITÁN.

Para colmo de audacia, me ha mandado

En su lugar, un relamido criado

Á presentarme excusas ¡voto á San!

No he querido escucharle, y en mi casa

Le he dejado en prisión, porque esto pasa

Ya de castaño oscuro.—Donde está,

Ese César Bazán, ese impudente!

DON CESAR.

Á vuestra vista le tenéis presente.

DON GURITÁN.

Os burláis por acaso ?

DON CESAR.

Soy Bazán.

DON GURITÁN.

Todavía !

DON CESAR.

Sin duda, y siempre el mismo.

DON GURITÁN.

Vamos, señor, ya basta de embolismo,
Fastidiándome estáis. Vaya! acabad.

DON CESAR.

Y vos me divertís en alto grado,
Parecéis un celoso enamorado.
Os compadezco ! pero qué hay que hacer!
Es un mal. Por mi parte yo prefiero,
Sin celos, ser marido placentero
Aunque me la pegase mi mujer.
Sois marido y celoso ; sed discreto,
Y engañado, que os digo, acá en secreto :
Vuestra esposa vendrá al anochecer

DON GURITÁN,

Mi esposa !

DON CESAR,

Vuestra esposa !

DON GURITÁN.

Vaya en gracia!

Si casado no soy!

DON CESAR.

Y qué desgracia

Os trae desazonado, buen señor,

Como un tigre rugiente, ó como llora

Un marido celoso, en mala hora?

Si sois soltero ¿qué hay entre los dos?

DON GURITÁN.

Sabéis, que se me acaba la paciencia.

DON CESAR.

Bah!

DON GURITÁN.

Que tal demasía es imprudencia?

DON CESAR.

De veras?

DON GURITÁN.

Y que tenéislo de pagar!

DON CESAR.

Examina con aire impertinente los zapatos de don Guritán, adornados con un montón de cintas según la nueva moda de la época.

Antes se usaban cintas en cabeza:

Hoy, lo veo, la moda se endereza

Á ponerse los moños en los pies.

Es muy lindo!

DON GURITÁN.

Batirme á mí me atañe!

DON CESAR.

Lo creéis?

DON GURITÁN.

No es por cierto, que me engañe,
Porque vos sois un César baladí.
Comenzaré por vos.

DON CESAR.

Idos con tiento,
Que podréis acabar.

DON GURITÁN, *presentándole las espadas.*

En el momento!

DON CESAR, *tomando una espada.*

Gran hallazgo es un duelo para mí.

DON GURITÁN.

Dónde? decid.

DON CESAR.

Á espaldas de ese huerto
Hay un lugar, un callejón desierto.

DON GURITÁN, *probando el temple de la espada.*

Luego á don César mataré!

DON CESAR.

Creéis?

DON GURITÁN.

Por cierto! vive Dios!

DON CESAR, *blandiendo su espada.*

Oh! no por cierto!

Si alguno de los dos quedare muerto,

Os desafío que á Bazán matéis.

Vánse ambos. Se siente el ruido de sus pasos que se alejan. Una pequeña puerta secreta se abre á la derecha en la pared, y da paso á don Salustio.

ESCENA SEXTA.

DON SALUSTIO, solo, vestido de verde oscuro. Parece inquieto y preocupado. Mira y escucha á todos lados.

No veo ningún apresto
Mirando la mesa cargada de manjares.

Qué es lo que esto significa ?

Poniendo oído á los pasos de don César y de don Guritán, que se alejan.

Qué significa ese ruido ?

Se pasea pensativo por la escena.

Gudiel ha estado á la mira,

Y ha visto salir al paje,

Y le ha seguido la pista.

—Fué á ver á don Guritán.—

No veo á Ruy Blas.—Maldita

Suerte!—Sin duda ese paje . . . —

¿Será alguna contramina ?

Mal haya don Guritán !

Complicación imprevista.

Aparece don César : tiene una espada en la mano, que al entrar arroja sobre una silla.

ESCENA SÉPTIMA.

DON CESAR, *desde el umbral de la puerta.*

Lo dicho! Se ha aparecido
El mismo diablo en persona!

DON SALUSTIO, *volviéndose, como petrificado.*

Don César!

DON CESAR.

Se os desmorona
Algún tenebroso plan
Que tenías prevenido?
Os sorprendo?

DON SALUSTIO.

Estoy perdido!

DON CESAR.

Todo el día lo he pasado
Entre vuestras telarañas;
Y os encuentro azaz mohino.
Vaya! me trae mi destino
Para burlar vuestras mañas!

DON SALUSTIO, *aparte.*

Qué habrá!

DON CESAR.

Lo que vais á ver.—

—Aquel hombre del dinero,
Que venía, á lo que infiero,
Á lo que debéis saber!
(*Riendo*). Magnífico!

DON SALUSTIO.

Y bien?

DON CESAR.

Borracho,

Como una uva se fué.

DON SALUSTIO.

Y el dinero?

DON CESAR, *majestuosamente*.

Lo empleé

En regalos, sin empacho.

DON SALUSTIO.

Vanas son tus aprensiones.

DON CESAR.

Y después de los doblones,

La dama que conocéis

DON SALUSTIO.

Oh!

DON CESAR.

Muy bien que me entendéis.

—La dueña y sus oraciones,

Con su nariz de toronja

DON SALUSTIO.

Una dueña

DON CESAR.

Preguntaba,

Por prudencia, si esperaba

Don César ¡y es sin lisonja!

Esta noche una beldad.

DON SALUSTIO, *aparte*.
Cielos! (*alto*) Y qué le dijiste?

DON CESAR.
Brava pregunta me hiciste!
Que la esperaba, en verdad.

DON SALUSTIO, *aparte*.
Aun no está todo perdido!

DON CESAR.
Y luego, don Guritán
Vuestro grande capitán,
Que oír al paje no ha querido
De César, con sinrazón,
Y que, de muy mal talante
Ha venido aquí arrogante
Á pedir satisfacción

DON SALUSTIO.
Qué has hecho de él?

DON CESAR.
Despacharlo!

DON SALUSTIO.
Cómo?

DON CESAR.
Creo que le he muerto.

DON SALUSTIO.
Pero estás de ello bien cierto?

DON CESAR.
Temo no resucitarlo.

DON SALUSTIO, *aparte*.

Respiro; por gran fortuna
Nada se ha desarreglado!
Al contrario, me ha ayudado
Su intervención oportuna.
—Pero es un mal auxiliar.

Alto:

Qué más viste?

DON CESAR.

Nada!

DON SALUSTIO.

Nada?

Vaya una cosa enredada!
La aventura es singular.

DON CESAR.

Pues yo pienso continuarla.

DON SALUSTIO, *aparte*.

Diablo!

DON CESAR.

Que no he de parar,
Con escándalos sin par,
Hasta bien finalizarla.

DON SALUSTIO.

Toma ese dinero, y vete.

DON CESAR.

Ya te conozco las uñas!
Para echarme los garduñas
Que me zampen en un brete!

DON SALUSTIO.

Nada temas.

DON CESAR.

Yo sospecho,
Que en esta casa maldita
Una traición se medita.
—Toda intriga, —este es un hecho,—
Es doble escala: por una
Sube la víctima atada;
Por la otra, con faz taimada
Sube el verdugo.—Importuna
Encontraréis mi presencia;
Pues el verdugo, sois vos:
Tiro la escala, y ¡adiós!
Los planes de vueselencia.

DON SALUSTIO.

Te juro

DON CESAR.

Corro el albur
Del juego titiritero:
Enredar tus hilos quiero.
—Estoy! me quedo! y abur!

DON SALUSTIO.

Escucha

DON CESAR.

Vana parola!
Basta ya de pataratas.
—Quien me vendió á los piratas
Como un esclavo de Angola?

Quien, el que mi nombre afrenta
Con César de contrabando?
—Vos bien sabéis, como y cuando.

DON SALUSTIO.

Casualidad!

DON CESAR.

Vaya en cuenta!

Es un guiso que no cato,
Que los pícaros cocinan,
Y que á los tontos propinan.
No seré tan mentecato.
—Mi nombre he de propalar.
Desde lo alto de este techo.

Sube hasta el hueco de la ventana alta, y mira hacia afuera.

Alguaciles! Esto es hecho.

Pasa el brazo al través de la reja de la ventana, y lo agita gritando.

Hola!

DON SALUSTIO.

Si se irá á nombrar!

ESCENA OCTAVA.

LOS MISMOS, UN ALCALDE, ALGUACILES.

DON CESAR, *al Alcalde.*

Señor Alcalde, que conste

DON SALUSTIO, *señalando á don César:*

Que ese que presente está

Es el ladrón Matalobos.

DON CESAR, *estupefacto*.

Cómo así!

DON SALUSTIO, *aparte*.

Puedo ganar

Con esto siquiera un día

Al Alcalde:

Ese hombre se atreve á entrar

Hasta de día en las casas.

Prendedle.

Los alguaciles se apoderan de don César, cogiéndole por el cuello.

DON CESAR, *furioso á don Salustio*.

Ya es por demás!

—Soy vuestro criado.

EL ALCALDE.

Quien fué

El que llamó?

DON SALUSTIO.

Yo en verdad.

DON CESAR.

Esta es buena!

EL ALCALDE.

Se diría

Que se atreve á razonar!

DON CESAR.

Pero si soy en persona,

Yo don César de Bazán.

DON SALUSTIO.

Don César! mirad su capa,
Y en el cuello habéis de hallar
El nombre de don Salustio,
Que es el mío: ese truhan
La ha robado.

EL ALCALDE.

Sí, en efecto.

DON SALUSTIO.

Y el jubón

DON CESAR.

Genio infernal!

DON SALUSTIO, *continuando*.

Pertenece al conde de Alba.

Mostrando el escudo bordado en la manga izquierda.

Y aquí su blasón mirad.

DON CESAR.

Es un brujo!

EL ALCALDE, *examinando el blasón*.

Dos castillos

En campo de oro.

DON SALUSTIO.

Además,

Unidas las dos calderas

De Enríquez y de Guzmán.

Don César resistiéndose deja caer algunos doblones de sus faltriqueras: don Salustio hace notar al Alcalde que las tiene llenas de dinero.

De su delito la prueba
En ese dinero está.

EL ALCALDE.

Hum!

¡DON CESAR.

Caí en el garlito!

La cosa se pone mal!

UN ALGUACIL, *registrando á don César.*

Un legajo de papeles.

DON CESAR, *aparte.*

Cartas de amor! ahí estáis,

Salvados de mi naufragio.

EL ALCALDE, *examinando los papeles.*

Cartas? noticias darán.

Son de diversa escritura. . . .

DON SALUSTIO, *haciendo notar la dirección.*

Al conde de Alba le están

Dirigidas todas.

EL ALCALDE.

Cierto!

DON CESAR.

Pero. . . .

Los alguaciles, atando las manos á don César.

Es gran felicidad

La prisión de este bandido.

UN ALGUACIL, *entra y se dirige al Alcalde.*

Acaban de asesinar

Á un hombre.

EL ALCALDE.

Quién?

DON SALUSTIO, *señalando á don César.*

Él!

DON CESAR.

También!

Aparte.

El duelo tornóse en mal!

DON SALUSTIO.

Al entrar, botó una espada
Que traía . . . y aquí está.

EL ALCALDE, *examinando la espada.*

Y con sangre! No hay ya duda.

Á don César.

Ea! con ellos marchad!

DON SALUSTIO, *á don César, á quien los alguaciles conducen.*

Buenas tardes, Matalobos.

DON CESAR, *mirando á don Salustio fijamente.*

Sois un redomado truhán!

ACTO V.



EL TIGRE Y EL LEÓN.

PERSONAJES.

RUY BLAS

DON SALUSTIO.

LA REINA.

ACTO QUINTO.

La misma cámara del acto anterior. Es de noche. Una lámpara encendida sobre la mesa. Al levantarse el telón, Ruy Blas está solo, envuelto en una especie de hopalanda negra que cubre todos sus vestidos.

ESCENA PRIMERA.

RUY BLAS, *solo*.

Acabóse! fué un sueño! Las visiones
Se disiparon! Me hallo más tranquilo.
La noche trae consejo: la cabeza
Más despejada está.—Durante el día
Anduve por las calles al acaso.
—Estas negras paredes, nada tienen
De aterrador: los muebles arreglados,
En su sitio las llaves, y allá arriba
Los mudos que descansan. Silenciosa
Toda la casa está: ninguna alarma.
Todo va bien: don Guritán, de cierto,
Comprenderá que se trataba de ella.
Mi paje es fiel. ¡Bendito sea el cielo!
Que permite que pueda en este trance
Salvar al ángel de ese don Salustio,
Librarla de temor y sufrimiento.

—Salvada está, y puedo ya morir!

Saca del seno una pequeña redoma, que coloca sobre la mesa.

Ahora, muere, cobarde! y al abismo

Cae, como muere quien espía un crimen!

Muere vil, muere solo y miserable!

Abre la hopalanda, bajo la cual se entrevé la librea que llevaba en el primer acto.

—Muere con tu librea por mortaja!

—Ah! si el demonio viene á ver su víctima

Muerta. . . .

Allega un mueble contra la puerta, de manera de obstruirla.

Que al menos por aquí no entre!

Se acerca á la mesa.

No eran las ocho aún de la mañana:

Don Guritán está ya prevenido.

Fijando la vista en la redoma.

Pronuncié mi sentencia, y me preparo

Mi suplicio; yo voy sobre mí mismo

Á desplomar la losa de mi tumba.

Aun me es grato pensar que hasta el presente

Mi caída es fatal!

Sentándose en el sillón.

Y sin embargo,

Ella me amaba! Por qué no han querido

En paz dejarnos! Ah! que Dios me ampare!

Flaquea mi coraje!

Oculto la cabeza entre las manos sollozando.

Dios piadoso!

Levantando la cabeza y mirando la redoma.

Qué día es hoy? No se. Mi frente estalla.
El hombre que esa cosa me ha vendido
Me preguntaba el día de la fecha.
Los hombres són muy malos. Muere un hombre,
Y nadie se conmueve.—¡Cuánto sufro!
Y pensar que me amaba, y del pasado
No retornan las cosas ya perdidas!
Ya más no la veré! Pero he estrechado
Su dulce mano, y llevo aquí en mi frente
El beso de sus labios!—Es preciso
Morir sin esperanza!—Ángel amado!
De su vestido los graciosos pliegues;
Su pie, cuyo rumor estremecía
Mi alma toda; y sus ojos que vertían
La embriaguez en los míos; su sonrisa
Y su voz. . . . no mirarla! no escucharla!
Y por siempre jamás! Será posible?

Extiende la mano con angustia á la redoma; en el momento de cogerla convulsivamente, se abre la puerta del fondo. Aparece la Reina vestida de blanco, con una capa oscura, cuya capucha echada á la espalda deja ver su cabeza pálida. Lleva una linterna sorda en la mano, que pone en el suelo, y se adelanta rápidamente hacia Ruy Blas.

ESCENA SEGUNDA.

RUY BLAS, LA REINA.

LA REINA, *entrando.*

Don César!

RUY BLAS, *volviéndose con un movimiento de espanto, y cruzando precipitadamente la hopalanda que cubre su librea.*

(*Aparte*). Ella aquí!. Cayó en el lazo!

Alto.

Señora!. . . . vos!. . . .

LA REINA.

Yo soy ¿por qué ese grito

De terror?

RUY BLAS.

Quién os dijo de venir?

LA REINA.

Tú.

RUY BLAS.

Yo? cómo, decid?

LA REINA.

He recibido. . . .

RUY BLAS.

Pronto decid!

LA REINA, *continuando.*

De ti una carta

RUY BLAS.

Mía?

LA REINA.

Sí, de tu puño y letra.

RUY BLAS.

Es de estrellarse

La frente en una piedra.—Yo no he escrito,
Estoy seguro, carta alguna!

LA REINA, *sacando del seno una carta que alarga á Ruy Blas.*

Leed.

Ruy Blas toma la carta con impetuosidad, se inclina ante la lámpara, y lee :

RUY BLAS, *leyendo.*

“Un inminente peligro
Amenaza mi cabeza,
Que sólo mi reina puede
Conjurar con su presencia. . . .”

Mira la carta con estupor, y se detiene como si no pudiese continuar. La Reina le señala con el dedo la línea que lee en seguida.

LA REINA, *leyendo.*

“Viniendo á verme á mi casa
“Esta noche, pues sin ella
“Estoy perdido. . . . Mi vida. . . .

RUY BLAS, *con voz apagada.*

Oh, qué traición! Esta esquila!

LA REINA, *continúa leyendo.*

“Para que nadie os conozca,
“Penetraréis por la puerta
“De la venida, que guarda
“Una persona discreta.”

RUY BLAS, *aparte.*

Olvidado tenía este billete!

Alto, á la Reina con voz terrible.

Idos!

LA REINA.

Me iré, don César! Que os he hecho?

Qué malo sois!

RUY BLAS.

Oh! qué es lo que habéis hecho?

Os perdéis! os perdéis!

LA REINA.

Cómo?

RUY BLAS.

No puedo

Explicarlo. Por Dios! idos al punto

LA REINA.

Para mayor seguridad, temprano,

Os despaché una dueña esta mañana.

RUY BLAS.

Mi corazón desangra: por momentos

La vida se me va. Idos al punto!

LA REINA, *como herida de una idea súbita.*

El sacrificio que mi amor soñaba,

Me inspira. Sí, teméis un gran peligro,

Y queréis apartarme No, me quedo.

RUY BLAS.

Qué idea! cielo santo! en este sitio,

Y á estas horas quedaros! No es posible!

LA REINA.

La carta es vuestra. Así....

RUY BLAS, *alzando los brazos al cielo con desesperación.*

Bondad divina!

LA REINA.

Me queréis alejar.

RUY BLAS.

Ved!

LA REINA.

Lo adivino.

Escribistéis de pronto, y en seguida. . . .

RUY BLAS.

Nada te he escrito yo. Soy un demonio.

Huye tú, pobre niña, que en un lazo

Va á caer tu inocencia. Huye.—No tiene

Mi palabra un acento que persuada!—

Escúchame, compréndeme: yo te amo,

Bien lo sabes. Daría por salvarte

Mi corazón, sacándolo del pecho!

Vete! yo te amo!

LA REINA.

César!

RUY BLAS.

Por Dios! idos!

—Pero ahora pienso ¿quién te abrió la puerta?

LA REINA.

Un hombre!

RUY BLAS.

Maldición! quién era ese hombre?

LA REINA.

Un hombre enmascarado que esperaba.

RUY BLAS.

Un hombre enmascarado? de alta talla?

Quién era ese hombre, dímelo.

Un hombre enmascarado vestido de negro aparece por la puerta del fondo.

EL HOMBRE, ENMASCARADO.

Soy yo!

Se quita la máscara. Es don Salustio. La Reina y Ruy Blas le reconocen con terror.

ESCENA TERCERA.

LOS MISMOS, DON SALUSTIO.

RUY BLAS.

Huid! huid, señora!

DON SALUSTIO.

Ya no es tiempo!

La señora Mariana de Neuburgo

Ya no es Reina de España!

LA REINA, *con terror.*

Don Salustio!

DON SALUSTIO, *señalando á Ruy Blas*

Para siempre seréis la compañera

De ese hombre.

LA REINA.

Una celada! Y vos, don César. . . .

RUY BLAS, *desesperado.*

Qué habéis hecho, señora!

DON SALUSTIO.

Al fin os tengo!

—Hablaré con respeto, y sin enojo.—

—Escuchadme.—Os encuentro con don César,
Solos en esta cámara, de noche.

—Este hecho propalado,—por sí solo,—

Basta para anular un matrimonio,

Con la sanción de Roma. El Santo Padre,
Informado sería prontamente.

Pero el consentimiento arregla todo,

Manteniendo el secreto.

*Saca del bolsillo un pergamino, que desenvuelve y
presenta á la Reina.*

Aquesta carta,

Renunciando del tálamo al derecho,

Es dirigida al Rey. Firmad, señora,

Para que llegue hasta las reales manos.

En seguida, un carruaje que á la puerta

Os espera, cargado de riquezas,

Os llevará hasta el reino lusitano

Por vía de Alcántara y Toledo :

Id adonde queráis : poco me importa.

Cerraremos los ojos. Pero os juro,

Que si no obedecéis en el instante,

Madrid sabrá mañana la aventura,

Que yo solo conozco. No hay remedio :

Estáis en mi poder.

Mostrando la mesa en que está el recado de escribir.

Tan sólo os pido

Vuestra renuncia al Rey nuestro señor.

*Bajo á Ruy Blas, que escucha inmóvil y como he-
rido por un rayo.*

Déjame hacer, que labro tu fortuna.

Á la Reina.

Firmad.

LA REINA, *trémula, aparte.*

Qué hacer?

DON SALUSTIO.

Qué importa una corona!

Ganáis la dicha si perdéis el trono.

Mis criados están fuera: nada saben:

Todo se pasa entre los tres.

Tratando de poner la pluma en la mano de la Reina, sin que ella la rechace ni la tome.

Y bien?

La Reina indecisa y turbada, le mira con angustia.

Si no firmáis, os perderéis vos misma.

—El deshonor y el cláustro!—

LA REINA, *anonadada.*

Dios del cielo!

DON SALUSTIO, *señalando á Ruy Blas.*

César os ama, y del amor es digno.

Es noble, gran señor; es casi un príncipe,

Con feudo, con castillo y señorío;

Duque de Olmedo, conde de Garofa. . . .

Acercando el pergamino á la Reina que turbada y trémula parece pronta á firmar.

RUY BLAS, *como despertando derrepente.*

Yo me llamo Ruy Blas! Soy un lacayo!

Arrancando la pluma de manos de la Reina, y desgarrando el pergamino.

Señora, no firméis! Al fin respiro!

LA REINA.

Don César, qué decis?

RUY BLAS, *dejando caer la hopalanda y mostrándose vestido de librea sin espada.*

Que yo me llamo

Ruy Blas, y soy el criado de ese hombre!

Volviéndose hacia don Salustio.

Digo que basta de traición infame,

Que rechazo el favor y os doy las gracias.

—Ah! pensáis seducirme con promesas!—

Digo que es tiempo al fin que yo despierte,

Aunque amarrado, por complot cobarde.

Basta ya! si yo llevo la librea

De un lacayo, tú llevas su alma baja.

DON SALUSTIO, *á la Reina, friamente.*

Este hombre es en efecto mi lacayo

Á Ruy Blas con autoridad.

Ni una palabra más!

LA REINA, *dejando escapar un grito de desesperación, y torciéndose las manos.*

Válgame el cielo!

DON SALUSTIO, *continuando.*

Ha hablado antes de tiempo.

Cruza los brazos, y se iergue hablando con voz tonante.

Ahora digamos,

Lo que haya que decir.—Estoy vengado!—

Á la Reina.

Qué pensáis de esto?—Vais á ser la befa

De la corte y la plebe, ¡vive el cielo!

Me derribásteis; pero yo os destrono;
Desterrado me habéis; y yo os expulso;
Por esposa, me dabais vuestra criada!

Se rie á carcajadas.

Y yo os doy por amante á mi lacayo!
Será vuestro marido, ciertamente!
Si el rey se va, su corazón os queda!

Rie.

Le hicisteis duque, y os hará duquesa!

Rechinando los dientes.

Ah! me habéis pisoteado y perseguido,
Y dormíais en paz ¡pobre insensata!

Mientras don Salustio habla, Ruy Blas se dirige á la puerta del fondo y corre el cerrojo: en seguida se acerca á aquél por detrás, sin que lo note, caminando á pasos lentos. Al terminar don Salustio, y cuando éste fija en la Reina anonadada, sus ojos llenos de rencor y de triunfo, Ruy Blas le arrebató la espada, tomándola por la empuñadura, y desenvainándola con un movimiento rápido.

RUY BLAS, terrible, con la espada en la mano.

Creo insultáis á vuestra augusta Reina!

Don Salustio se precipita hacia la puerta; pero Ruy Blas le cierra el paso.

No saldréis por allí:—es excusado;

He corrido el cerrojo hace ya tiempo.

—Marqués, si Satanás te ha protegido

Hasta el presente, llámale en tu auxilio,

Para que te arrebaté de mis manos.—

—Se aplasta una serpiente que se encuentra.

—No entrarán ni tus criados ni el infierno!

—A mi vez!—ahí estás echando espuma!
Te pongo encima mi talón de fierro!
—Señora: ese insolente que así os habla
No es un hombre, es un monstruo desalmado.
—Voy a explicarme.—Ayer me sofocaba
Á su sabor, mi pecho trucidando.
Le he rogado y llorado vanamente
En mi martirio!

Á don Salustio.

Vos, vuestros agravios
Recordábais ahora. Ah! miserable!
Así ultrajáis vuestra señora y Reina,
Á una mujer que adoración merece,
Estando yo presente.—Sois un necio
Que me asombráis.—Un hombre de talento
No incurre en tal error.—Habéis creído
Que os dejaría hacer, y que impasible
Nada diría. Mas sabedlo ahora:
Cuando un hombre, plebeyo ó de alta cuna,
Sea cual fuere su esfera, cuando encuentra
Señor, en su camino algún malvado,
Á un infame, á un traidor, tiene el derecho
De escupirle en la cara su sentencia.
Y con hacha ó espada ó con cuchillo
Sin piedad inmolarlo!—Este lacayo
Se convierte en verdugo!—Vais á verlo!

LA REINA.

No mataréis ese hombre!

RUY BLAS.

Yo deploro

Desempeñar mi oficio á vuestra vista;

Pero justicia habrá! Es necesario!
Empujando á don Salustio hacia el gabinete.

Dicho está! Id allí; rezad un credo!

DON SALUSTIO.

Es un asesinato!

RUY BLAS.

Creéislo así?

DON SALUSTIO, *desarmado y echando una mirada de furia en torno suyo.*

Ni un arma!

Á Ruy Blas.

Alguna espada!

RUY BLAS.

Tú te burlas!

Soy por ventura un noble de tu rango?

Un duelo! No dijiste ser tu criado?

Si, un lacayo soy yo, con su librea,

Con su casaca roja galoneada;

Un bribón que se trata á latigazos;

Pero que mata ¿ comprendéis, marqués?

Como se mata á un perro y á un cobarde!

LA REINA.

Gracia por él!

RUY BLAS, *á la Reina, y apoderándose del marqués.*

Cada uno aquí se venga!

Salvar no puede el ángel al demonio,

LA REINA.

Gracia! gracia!

DON SALUSTIO.

Socorro! me asesinan!

RUY BLAS, *levantando la espada.*

Acabarás!

DON SALUSTIO, *precipitándose sobre Ruy Blas y gritando.*

Yo muero asesinado!

RUY BLAS, *empujándolo hacia el gabinete*

Tu mueres castigado!

Desaparecen ambos en el gabinete cerrado y la puerta se cierra sobre ellos

LA REINA, *desfallecida, se deja caer en un sillón.*

Santo cielo!

Momentos de silencio. Ruy Blas vuelve á entrar pálido y sin espada.

ESCENA CUARTA.

LA REINA, RUY BLAS.

Ruy Blas da algunos pasos bamboleando, y se acerca á cierta distancia de la Reina, que permanece inmóvil y helada: en seguida se deja caer de rodillas, con la vista clavada en el suelo, como si no se atreviese á levantarla hacia ella.

RUY BLAS, *con voz baja y grave.*

Ahora, señora, oid mi confesión.

—No me aproximaré.—No soy culpable,

Al menos, tan culpable cual pensáis.

—Comprendo mi traición, y bien lo veo,

Debo inspirar horror. . . . no me es posible

Contar lo que pasó; pero, señora,

Mi alma no es vil y tengo un fondo honesto.

—Ese amor me ha perdido!—Reconozco
Que yo debí luchar ; mas consumada
La falta está. No me defiendo. Empero,
Yo os amaba, señora con el alma !

LA REINA.

Señor

RUY BLAS, *siempre de rodillas.*

Oh! no temáis! hablo sumiso,
Y todo lo diré.—Mi alma no es baja.—
Todo el día he vagado por las calles
Como un loco.—Las gentes me miraban.
—Cerca del hospital que habéis fundado,
He sentido al través de mi delirio,
Que una mujer del pueblo, compasiva,
El sudor de la angustia me enjugaba.
—Tened piedad de mí, que desespero!

LA REINA.

Qué queréis ?

RUY BLAS.

El perdón! Perdón, señora!

LA REINA.

Jamás!

RUY BLAS.

Jamás!

Se levanta lentamente y se acerca á la mesa.

Dijísteis?

LA REINA.

Que jamás!

RUY BLAS.

*Toma la redoma que habia dejado sobre la mesa,
y la apura de un trago.*

Que se apague esta llama moribunda!

LA REINA, *poniéndose de pie y corriendo hacia él.*

Qué es lo que hacéis?

RUY BLAS, *arrojando la redoma.*

Mis penas se acabaron!

Qué hago? Me maldecís y yo os bendigo!

Esto es todo!

LA REINA, *desolada.*

Don César!

RUY BLAS.

Ángel bello!

Cuando pienso que vos me habéis amado!

LA REINA.

Qué filtro es ese? qué es lo que habéis hecho?

—Dime!—Háblame! responde á mi llamado!

—César! yo te perdono, te amo, y creo.

RUY BLAS.

Yo me llamo Ruy Blas!

LA REINA.

Yo te perdono,

Te perdono, Ruy Blas! Pero habla, dime

¿Era veneno ese licor extraño?

RUY BLAS.

Era veneno! pero soy diehoso!

Abrazando á la Reina y con los ojos alzados al cielo.

Oh Dios! que en tu justicia soberana

Permites, que un lacayo desvalido

Á esta Reina consuele, en su agonía,

Porque su corazón crucificado

Consoló con su amor ¡bendito seas!
Por su amor he vivido solamente!
Muero por su piedad!

LA REINA.

Veneno! cielos!

Y soy yo quien le mata!--Ay! yo te amo!
--Si hubiera perdonado? . . .

RUY BLAS, *desfallecido*.

Era lo mismo!

Su voz se apaga. La Reina lo sostiene en sus brazos.

No podía vivir! Adiós!

Señalando la puerta.

Huid!

LA REINA.

Ruy Blas!

RUY BLAS.

Muero, y os salvo! (*Cae*).

La Reina se arroja sobre su cuerpo. Ruy Blas moribundo, al oír su nombre pronunciado por la Reina, se reanima momentáneamente.

Gracias! . . . Gracias! . . .

ADDENDA E CORRIGENDA

No habiendo podido el autor prestar su atención á la revisión de pruebas, se han deslizado algunos errores y omisiones, que alteran la medida del verso ó su consonancia, y que deben tenerse presente para restablecer la integridad del texto.

—Página 20, verso 14-15: están traspuestos y deben leerse así:

De dulces cartas de amor
Las faltriqueras bien llenas

—Pág. 44. Entre los versos 19-20, debe intercalarse el siguiente, omitido en la impresión, y que es exigido por el consonante.

Sois un hombre muy sesudo.

—Pág. 47. Después del verso 8, deben intercalarse los siguientes, que completan la cuarteta truncada:

No eres muy escrupuloso
Según entiendo. Vengarme
Pretendo yo.

DON CÉSAR.

Y á mí darme,

—Pág. 51, v. 8—donde dice *eras*, debe leerse *eres*.

—Pág. 64, v. 2: debe leerse así:

Oro propio, en equilibrio.

—Pág. 97, v. 13: debe omitirse: *Vaya! leed presto!* leyéndose solamente: *Esto más!*

—Pág. 98, v. 8. Debe leerse, por pedirlo así la medida del verso:

Su Majestad quiere.—No!

—Pág. 100, v. 6-7. Deben leerse así:

Esta carta?—Sí, de cierto.

—Pág. 107, v. 18. Debe leerse así:

Maté á don Tirso.—No *es* chanza!

—Pág. 129, v. 24. Donde dice *mando* léase *mundo*.

—Pág. 140, v. 5-6. Deben omitirse en el uno las dos sílabas que lleva de sobra, y agregar una letra al 2º, leyéndose:

Vuelve!—Miraba al ángel de la vida

Y el demonio venía á mis espaldas,

—Pág. 140, v. 8-9. Deben leerse así, por requerirlo el asonante alternado.

Bien! Cómo os va?—Señor esa librea,

—Necesitaba en el palacio entrada.

—Pág. 142, v. 9. Donde dice *aquí*, léase: *ayer*.

—Pág. 169, v. 1-2. Debe omitirse el 2º y leerse el 1º así:—*Perdido estoy!*

Pág. 177, v. 5. Debe adicionarse, por reclamarlo así el asonante:

Nuestro papel.—Qué maraña.

—Pág. 187, v. 12. Donde dice, *habrá*, lease: *sabr*á.

—Pág. 91. La « Canción de las lavanderas », traducida literalmente y asimilada al aire popular de las seguidillas españolas, que tal vez el autor tuvo la intención de imitar, puede leerse así, para el canto:

Á qué oír del bosque

Al pájaro cantor?

El ave más tierna

Canta en tu voz.

Qué importa que Dios nuble

Del cielo el resplandor!

La estrella más pura

En tu ojo encendió.

Que por Abril renazca,

En el jardín la flor!

La flor más bella

Da tu corazón.

Ese pájaro de llama,

Y ese astro como sol,

Es la flor del alma,

Se llama el amor!

